

---

CUENTOS DE CALLEJA  
EN COLORES

---

8ª SERIE



CUENTOS DE CALLEJA  
EN COLORES  
8a. Serie

# EL DRAGÓN DE HIELO

LOS LIBERTADORES  
DE SU PATRIA

\*

LA ISLA DE LOS REMOLINOS

\*

EL BESTIARIO

\*

EL DRAGÓN FORASTERO

BIBLIOTECA \* NACIONAL  
DE MAESTROS  
Por E. NESBIT

Ilustraciones de Penagos, Ribas, Zamora

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.  
CASA FUNDADA EL AÑO 1876  
M A D R I D

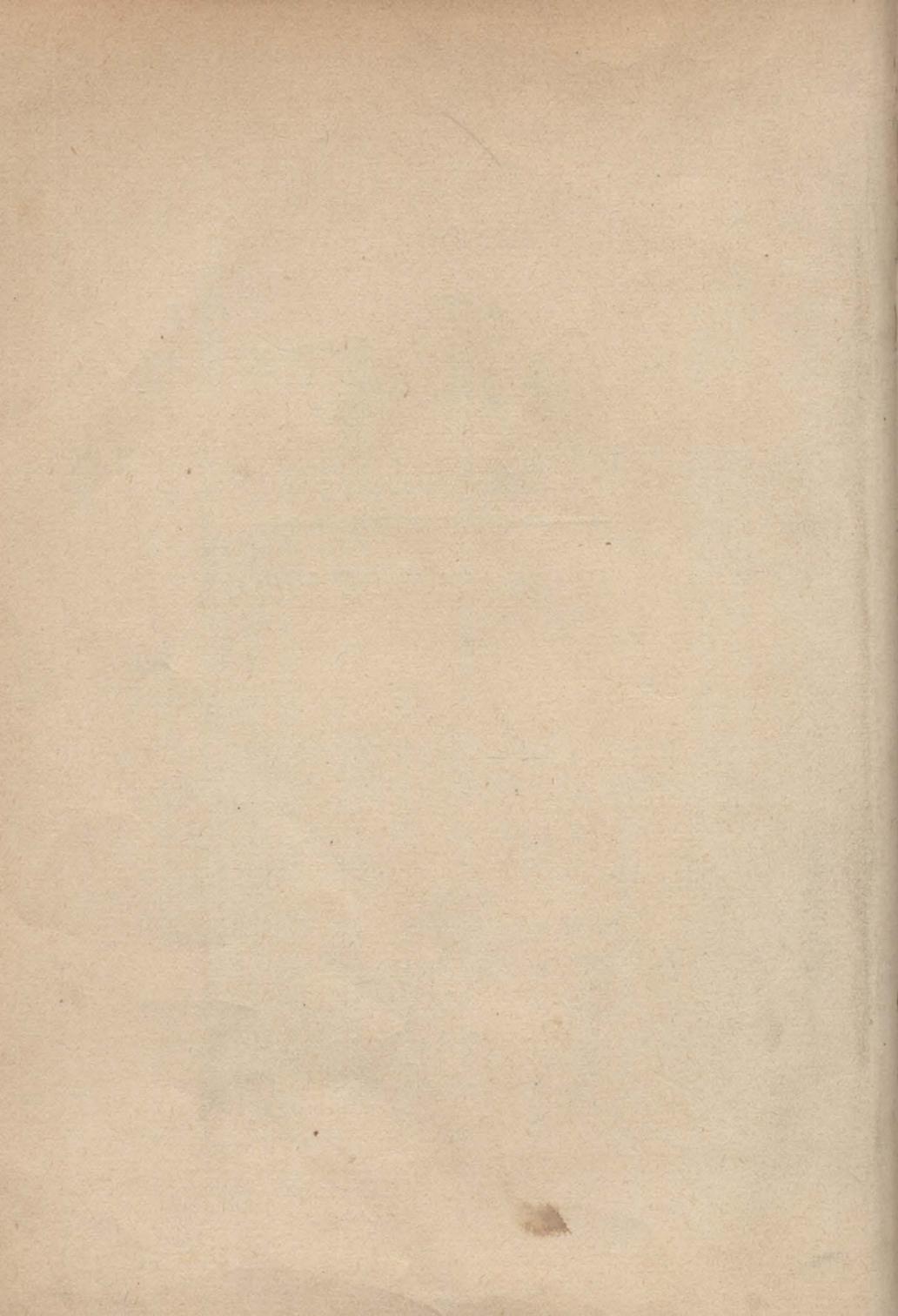
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

PROPIEDAD.-DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES  
COPYRIGHT 1922 BY  
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA S. A." MADRID



---

*EL DRAGÓN DE HIELO*





He aquí el relato de las maravillas que ocurrieron en la noche del 11 de Diciembre, cuando los niños hicieron lo que les habían dicho que no hiciesen. Os figuraréis acaso que sabéis cuántas cosas desagradables pueden pasaros si sois desobedientes, pero hay cosas que no sabéis aun, y que tampoco sabían los niños de mi cuento.

El se llamaba Jorge; ella, Juana.

No hubo fuegos artificiales aquel año por la fiesta mayor, porque el heredero del trono estaba indispuesto. Iba a echar el primer diente, circunstancia muy molesta para todo el mundo, aunque sea persona real. —Estaba muy fastidioso, y, a decir verdad, no hubiera sido discreto quemar fuegos de artificio ni en

los lugares mas apartados de la capital, cuanto más en las colinas del bosque, donde los niños vivían.

Pero en cuanto el príncipe echó su diente, no solo admisibles, sino plausibles eran ya los festejos, y para el 11 de Diciembre anunciáronse los fuegos artificiales. El pueblo entero anhelaba dar pruebas de su lealtad a la dinastía, y divertirse, de paso. Había pues, fuegos de artificio, desfile con antorchas, castillos en el Palacio de cristal, con letreros de „Viva nuestro príncipe“ y „Guarde Dios muchos años al hijo del rey“, en bengalas de diferentes colores; las escuelas, aun las particulares, darían medio día de asueto, y todos los niños, hasta los de los fontaneros y los de los escritores recibirían cada cuál diez céntimos para gastárselos en lo que quisieran.

A Juana y a Jorge les dieron dos reales a cada uno y se gastaron todo su capital en una «lluvia de oro» que tardó mucho tiempo en encenderse, y cuando se encendió fué para apagarse en seguida, de modo que tuvieron que contentarse con mirar los fuegos

Todos los de su casa se habían resfriado, y a Juana y a Jorge les dieron permiso para salir solos al jardín a ver los fuegos. Juana se había puesto su gorro de pieles y sus guantes de abrigo y la esclavina de zorro

azul que le habían hecho con un manguito viejo de su madre, y Jorge llevaba su abrigo de pelo, su tapabocas y la gorra de su papá, que era de piel de foca y tenía grandes orejeras.



El jardín estaba oscuro, pero los fuegos lucían por todas partes con profusión y, aunque los dos hermanos estaban muertos de frío, no les quedaba duda de que se divertían de firme.

Para ver mejor, se subieron a la empalizada que cerraba el jardín y vieron muy lejos, allí donde está la valla del mundo desconocido, una brillante línea de luces rectas, claras, dispuestas en haz, como si fueran las lanzas de oro de un ejército de hadas.

—¡Mira qué bonito!—gritó Juana.—¿Qué será? Parece como si las hadas estuviesen plantando unos álamos brillantes, de juguete, muy finos, y los regaran con luz líquida.

—¡Madera líquida!—añadió Jorge. Iba ya a la escuela y sabía que aquello no era más que la aurora boreal. Y así se lo dijo a su hermana.

—¿Qué doña Aurora es esa?—preguntó Juana. Y ¿cómo encienden las luces y para qué sirven?

Jorge tuvo que confesar que no se lo habían dicho.

—Pero sé—agregó—que algo tiene que ver con la Osa Mayor y con la Silla y con el Boyero.

—Y todo eso, ¿qué es?

—Apodos que tienen algunas familias de estrellas. ¡Mira qué cohete tan bonito!—interrumpió. Y Juana hizo como si entendiese aquello de las familias de estrellas.

Las encantadas lanzas luminosas relucían, trémulas. Eran mucho más lindas que los fuegos artificiales, bastos, chillones, humeantes, que le dejaban a uno encandilado, como los que se quemaban en el jardín de junto a su casa; más todavía que los castillos multicolores del palacio de cristal.

—Me gustaría verlo más de cerca,—inició Juana.

—Me figuro que esas familias de estrellas han de ser familias muy decentes y que mamá nos dejaría ir a merendar a su casa si nosotros fuésemos estrellitas.



—¡Pero si no lo somos!

—No,—contestó ella suspirando.—Y a lo sé. No soy tan boba como tú crees, Jorge. Pero esa doña Aurora está donde acaba la tierra. ¿Por qué no vamos a verla?

—Para ocho años que tienes, no eres muy despabilada que digamos.—Y Jorge empezó a dar patadas

contra la valla para calentarse los pies.—Hay que andar medio mundo para llegar allí.

—Parece que está muy cerca,—respondió Juana, encogiéndose de hombros para que no se le enfriara el cuello.

—Está cerca del Polo Norte,—dijo su hermano.—A mí, la aurora boreal me importa un pito; mas no me desagradaría descubrir el Polo Norte; es terriblemente peligroso y difícil, pero después vuelve uno a casa, escribe un libro con muchos grabados y todo el mundo le dice que es un valiente.

Juanita abrió la valla.

—Vamos, Jorgito,—suplicó.—Nunca nos va a ser tan fácil como ahora que nos han dejado solos, y con lo tarde que es además.

—Yo iría de buena gana, si no fuese por tí,—contestó Jorge en tono sombrío.—Porque ya sabes que luego dicen que si yo te hago ser mala... y si llegamos al Polo Norte se nos mojarán las botas, quieras que no, y ya te acuerdas de que nos han dicho: no andéis por la yerba.

—Decían por el musgo,—insistió Juana.— No vamos a andar por el musgo. Anda, Jorge, vamos. No ha de estar tan lejos. Tiempo tendremos para volver.

—Bueno; pero ten en cuenta que yo no quería ir.

Salieron los dos, cerrando después la valla, que estaba muy fría y toda reluciente, porque empezaba a



helar; al otro lado de la empalizada había un jardín que no era el suyo, y que cruzaron a toda prisa, y tras él una pradera, en donde había otro castillo de fuegos artificiales. La gente que se agrupaba parecía toda negra.

—Parecen indios,—comentó Jorge, que quiso detenerse a verlos; pero Juana le tiró del brazo. Dejaron

atrás el castillo y se encontraron en otra pradera muy oscura; pero a lo lejos, detrás de innumerables campos oscuros, la luz septentrional brillaba, trémula e indecisa.

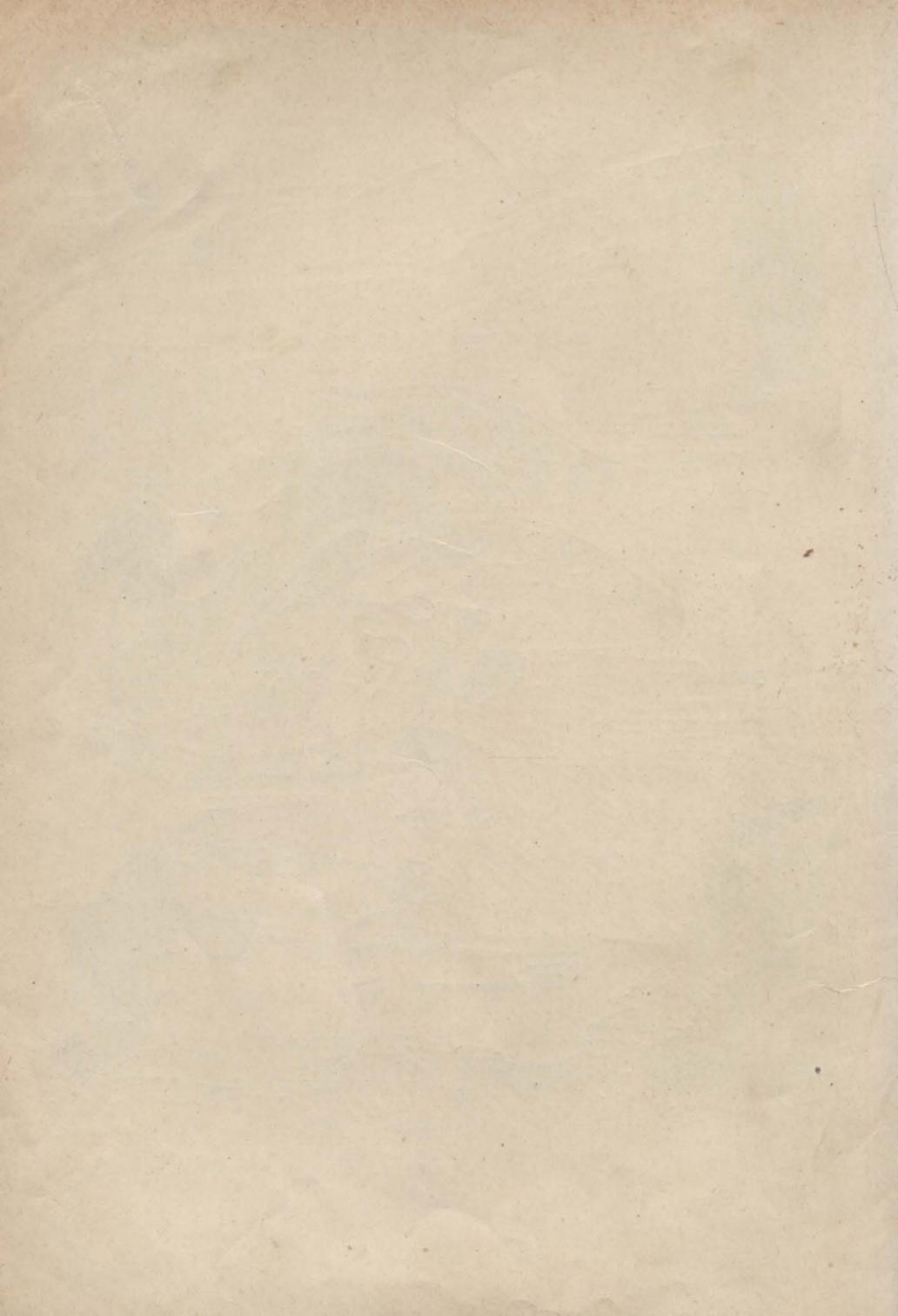
Sabréis que durante el invierno las regiones árticas llegan mucho más al Sur de lo que los mapas indican. Hay mucha gente que lo ignora, aunque bien se lo podían figurar por el hielo de las mañanitas invernales. Pues precisamente cuando Jorge y Juana salían para el Polo Norte, las regiones árticas llegaban hasta muy cerca de su casa, hasta las propias colinas del bosque, de modo que, conforme avanzaban los niños, iban sintiendo más frío cada vez, y ya veían los campos cubiertos de nieve y grandes carámbanos que colgaban de todas las ramas. Y todavía la aurora boreal parecía estar muy lejos.

Cuando pasaban por un terreno muy agreste y nevado, Juana empezó a ver animales. Eran conejos blancos, leones blancos, liebres blancas y toda clase de pájaros blancos; y entre la sombra de los árboles y las matas, otros bultos mayores, que para Juana tenían que ser, indudablemente, lobos y osos.

—Osos polares y lobos árticos, claro está,—dijo, porque no quería que Jorge la volviese a tomar por tonta.



My favorite  
Bill



Cerraba el terreno aquel un alto seto, nevado y lleno de carámbanos; pero los niños encontraron un lugar en que se abría como un pasadizo, y no viendo por allí señales de lobos ni de osos, metiéronse por la abertura y salieron al otro lado de la nevada cerca. Y una vez fuera se mantuvieron en pie, sin respirar, maravillados.



Porque delante de ellos, en línea recta hasta la aurora boreal, abríase un amplio camino de puro hielo oscuro, bordeado de altísimos árboles en que la helada ponía relucientes gotas; de todas sus ramas pendían sargas de estrellas, prendidas de rayos de luna, tan brillantes y claras, que su luz parecía la de un día en-

cantado. Tal fué la observación de Juana, pero Jorge dijo que se parecía a la instalación eléctrica de la última Exposición.

Las dos hileras de árboles corrían hasta muy lejos, en dos líneas paralelas, y allá, muy allá, donde terminaban, lucía la aurora boreal.

Había frente a ellos un poste de nieve plateada, con un rótulo de hielo en que se leía: «*Camino del Polo Norte*».

—Sea lo que sea,—exclamó Jorge,—aquí veo un plano inclinado, ¡con lo que me gustan a mí! Y se lanzó sobre la nieve helada, y Juanita, al verle, se lanzó tras él, y un momento más tarde los dos se deslizaban rápidamente, con los pies muy separados, por el plano inclinado que conduce al Polo Norte.

Ese gran plano inclinado se ha hecho por conveniencia de los osos polares, que durante los meses de invierno van a buscar comida a los países de Europa; y es el plano inclinado más perfecto del mundo. Si no os habéis encontrado nunca con él, habrá sido porque nunca os han dejado salir a ver los fuegos artificiales el 11 de Diciembre, y porque nunca os habéis puesto tontos y desobedientes. Pero no vayáis a volveros malos en la esperanza de dar con el gran plano in-

clinado, porque pudiérais encontrar algo muy diferente y sentirlo después.



Se parece el gran plano inclinado a todos los demás planos inclinados del mundo, en que una vez lanzados por él tenéis que llegar hasta el final... a menos que os déis un porrazo con el golpe consiguiente.

El plano inclinado lo está siempre cuesta abajo, de modo que, conforme avanzáis por él, vais tomando velocidad y cada vez os deslizáis más deprisa. Tan deprisa iban Jorge y Juana que ni tiempo tenían para darse cuenta de los lugares que atravesaban. Sólo veían las prolongadas hileras de árboles helados, las lam-

paritas como estrellas, y a cada lado, quedándose atrás a medida que ellos se deslizaban, un amplio mundo blanco y una vasta noche negra; en lo alto, lo mismo que entre los árboles, las estrellas lucían como lámparas de plata, y allá a lo lejos, chispeantes, claras, trémulas, veíanse las mágicas lanzas de la aurora. Juana lo observó, y Jorge dijo en seguida:

—Yo distingo ya perfectamente la aurora boreal.

Es muy agradable ir resbalando, resbalando, resbalando por el hielo brillante y sombrío, principalmente cuando se está seguro de ir a alguna parte, y más aún cuando esa parte es el Polo Norte. Los pies de los niños no levantaban rumor en el hielo, y ellos seguían avanzando en un delicioso silencio blanco. Pero, de pronto, una voz, resonando sobre la nieve, rompió el silencio: —¡Eh! ¡Vosotros! ¡Alto!

—¡Déjate caer!—gritó Jorge a su hermana, tirándose a un lado, única manera de pararse. Juana tropezó con él, y arrastrándose a cuatro patas, encaráronse por la nieve que bordeaba el camino. Allí se encontraron con un caballero de birrete puntiagudo y helados bigotes que llevaba una escopeta en la mano.

—¿No tendréis por ahí algunos cartuchos?—les preguntó.

—No,—dijo el muchacho.— Tenía cinco cápsulas del revólver de papá, pero la criada me las quitó el otro día, cuando me registró todos los bolsillos para ver si por casualidad me había guardado la tapadera del desagüe del baño.



—¡Vaya por Dios!—dijo el caballero.— Nada es más fácil que uno de esos accidentes. ¿De modo que no llevais armas de fuego?

—Armas de fuego, no,—siguió diciendo Jorge;— pero sí un fuego de artificio. No es más que un busca-

piés: me lo dió un chico; si de algo le sirve...—Y se puso a buscar entre los cordeles, botones, plumas viejas, pedazos de tiza y sellos de correo usados que en revoltijo llevaba en los bolsillos.

Probaremos a ver,—replicó el caballero extendiendo ya la mano.

Pero Juana tiró a su hermano del faldón y murmuró a su oído:

—Pregúntale para qué lo quiere.

Tuvo que confesar el caballero que lo necesitaba para matar un guaco blanco; y, en efecto, cuando levantaron los ojos, allí estaba el guaco blanco en persona, posado en la nieve, trémulo y azorado, como en espera de que se decidiese la cuestión de una manera o de otra.

Jorge se volvió a guardar todas aquellas cosas en el bolsillo y dijo:

—No, no se lo doy; ayer se ha cerrado el período de caza, papá nos lo dijo, y no estaría bien. Lo siento mucho, pero no es posible.

Nada dijo el otro; se contentó con enseñar a Juana los puños y entró en el plano inclinado para dirigirse al palacio de cristal, cosa nada fácil, puesto que estaba cuesta arriba. Y ellos le dejaron que se las arreglara como pudiese y siguieron adelante.

Antes de que se pusieran en marcha, el pájaro les dió gracias en pocas, pero bien elegidas palabras, y



ellos, dejando el nevado borde del camino, se lanzaron otra vez al plano inclinado en dirección al Polo Norte y a las temblorosas luces claras.

Nunca se acababa la pendiente, y el resplandor no parecía estar mucho más cerca; el blanco silencio les envolvía, según ellos iban desliziéndose por el amplio

pasadizo del hielo. Pero otra vez el silencio fué roto por alguién que gritaba: —¡Eh, vosotros, alto!

—¡Déjate caer!—gritó Jorge, y se tiraron al suelo como antes, única manera posible de detenerse; treparon al borde del camino y se encontraron con un entomólogo o coleccionista de insectos, que iba en busca de mariposas y llevaba anteojos azules, una red azul y un libro azul con láminas en colores.

—Dispensen,—les dijo.—¿Tienen ustedes algo así como un alfiler o una aguja larga?

—Yo tengo un papel de alfileres,—contestó Juana con premura.—Pero ya no tiene alfileres. Jorge los ha gastado todos para hacer experimentos con tapones de corcho, como se indica en los «Experimentos científicos para niños» y en «El joven mecánico». No le salieron bien, pero gastó los alfileres.

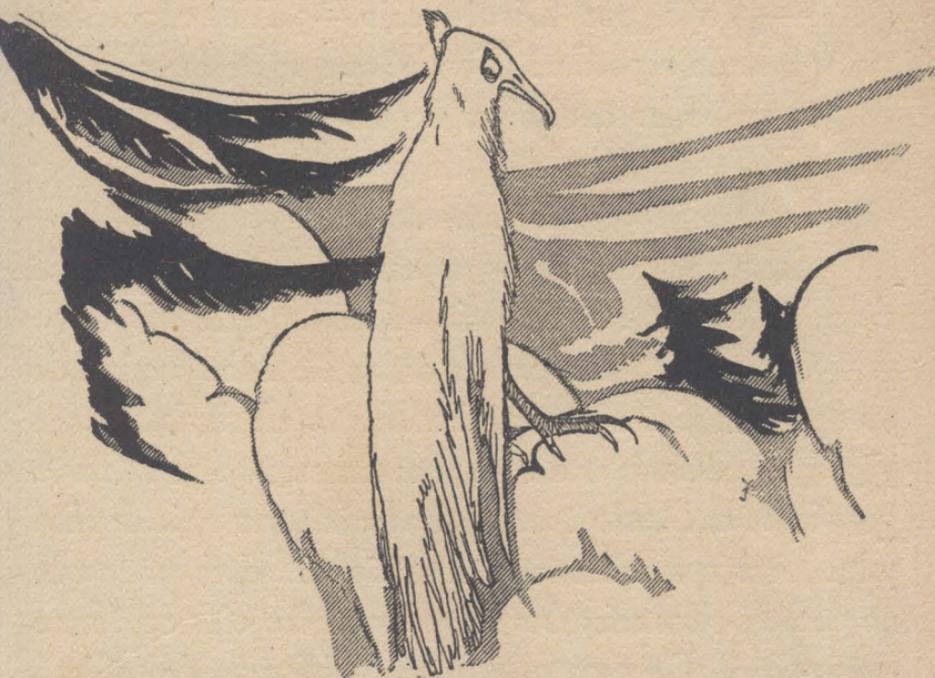
—Es extraño,—replicó el coleccionista;—yo también lo necesitaba para clavarlos en un corcho.

—Tengo una aguja de sombrero que me sujeta el gorro,—dijo Juana;—es muy larga y fina. ¿Le servirá?

—Veremos si sirve,—dijo el otro. Y Juana fué a quitársela. Pero Jorge, cogiéndola de un brazo, murmuró:

—Pregúntale para qué la quiere.

El coleccionista tuvo que confesar que la necesitaba para sujetar la gran polilla ártica, «ejemplar magnífico», añadió, que tengo verdadero empeño en poseer.



Y efectivamente, bien cogida en la red azul del naturalista, allí estaba la polilla ártica, escuchando atenta la conversación.

—¡Ah! ¡No puede ser!—gritó Juana—Y en tanto que Jorge le explicaba que en realidad no les era posible, Juana abrió la redcilla con disimulo y pre-

guntó a la mariposa si no le gustaría salir de allí, lo cual hizo al instante.

En cuanto el naturalista vió libre a la polilla, se mostró menos irritado que dolido.

—¡Vaya por Dios!—dijo.—¡Una expedición polar echada a perder! Tendré que volverme a casa a preparar otra, lo cual significa un montón de cartas a los periódicos y a multitud de personas. Vamos, debes de ser una niña verdaderamente atropellada.

Echaron a andar los niños y le dejaron tratando de subir la cuesta en dirección al palacio de cristal.

Cuando la gran polilla ártica les hubo expresado su agradecimiento en un bien hilado discursito, Juana y Jorge, tomando una senda, se lanzaron otra vez a la pendiente del Polo Norte. Iban cada vez más deprisa y las luces aparecían cada vez más brillantes, tanto que no podían ellos mirarlas sin entornar los ojos conforme avanzaban. De pronto, el plano inclinado desembocó en un inmenso montón de nieve, y Juana y Jorge salieron disparados hacia él, porque no podían pararse, y, como la nieve era blanda, se quedaron metidos en ella hasta las orejas.

Cuando salieron de la nieve y se dieron uno a otro varios golpes en la espalda para soltar la que se les

había quedado encima, poniéndose la mano por pantalla miraron, y allí, frente a ellos, pudieron ver la maravilla de las maravillas, el Polo Norte, que se erguía, blanco y reluciente, sobre una torre de luz helada, tan cerca, tan cerca, que hubiérais necesitado levantar mucho la cabeza y después levantarla todavía más, para ver su cima. Era todo de hielo. Las personas mayores os dirán una porción de tonterías acerca del Polo Norte, y cuando vosotros lo seáis, es posible que las digáis como ellos, puesto que siempre ocurren las cosas más inverosímiles. Pero si profundizáis en vuestro corazón, siempre os acordaréis de que el Polo Norte está hecho de hielo translúcido, y que no sería posible, si bien lo pensáis, que estuviese hecho de otra cosa.

En derredor del Polo, formando en torno de él un brillante anillo, había centenares de llamitas, que no oscilaban ni se retorcían, sino que se elevaban, azules, verdes, rosadas, y derechas como tallos de lirios de ensueño.

Así lo observó Juana; pero Jorge dijo que estaban tiesas como baquetas.

Aquellas llamitas formaban la Aurora Boreal que los niños habían visto desde las colinas del bosque.

El suelo era llano y estaba cubierto de nieve fría

y densa, que brillaba centelleante, como una enorme yema de coco acaramelada.

—Parece un sueño,—exclamó Juana.



—Es el Polo Norte,—dijo su hermano.—Piensa en lo que habla la gente de venir o no venir aquí. ¡Para el trabajo que cuesta!...

—Yo creo que mucha gente habrá llegado aquí,—rectificó Juana algo inquieta.—Lo malo no es llegar aquí, sino salir de aquí. Quizá nadie llegue a saber nunca que hemos estado aquí, y las hojas de los árboles cubran nuestros cuerpos, y...

—Tonta, aquí no hay árboles ni hojas; esto es el Polo Norte, ya lo ves, y yo lo he descubierto; voy a ver si subo a lo alto para izar la bandera. Y si es de veras el Polo Norte, la brújula de bolsillo que me regaló tío Jaime empezará a dar vueltas y revueltas y lo sabré. Vamos allá.

Juana echó tras él, y cuando estuvieron muy cerca de las claras y erguidas llamas, vieron una masa de hielo de extraña forma, alrededor del poste que marcaba el Polo: masa de hielo clara, suave, reluciente, de un bello color azul Prusia intenso, como los témpanos enormes, por la parte más espesa, y de colores maravillosos, fantásticos, cambiantes, por las partes más finas, como los antiguos candeleros de cristal rayado que suele haber en casa de los abuelos.

—¡Qué forma más extraña!—exclamó la niña.—Casi parece...—añadió, echándose atrás para verlo mejor,—casi parece un dragón.

—Mejor parece una gran lámpara, de las que venden en las tiendas,—opinó Jorge, que había visto algo ondulante como una cola que se enroscaba hacia lo alto del Polo Norte.

—¡Ay, Jorge!—gritó Juana,—es un dragón; le estoy viendo las alas. ¿Qué va a ser de nosotros?



Y era ciertamente un dragón, grande, brillante, alado, escamoso, con garras enormes y boca terrible, un dragón de hielo puro. Se había dormido enroscado junto al agujero por donde salía el vapor caliente del centro de la tierra, y cuando la columna de vapor, helándose, formó el Polo Norte, el dragón, sin desper-

tar, se había helado también, y allí estaba sin poder moverse. Y aunque terrible, era también muy hermoso.

Esta fué la observación de Juana, pero Jorge dijo:

—¡Déjame en paz! Voy a ver cómo puedo subir hasta lo más alto para observar la brújula sin despertar al mónstruo.

Hermoso era en verdad el dragón con su tono azul Prusia y sus irisaciones. Y dominando la enroscada masa del congelado dragón, el Polo Norte se erguía como una pilastra hecha toda de un enorme diamante, que, de puro frío, crujía levemente aquí y allá. Aquellos crugidos eran lo único que rompía el blanco silencio vasto, en medio del cual yacía el dragón como joyel inmenso, rodeado por las llamas rectas que parecían tallos de lirios de ensueño.

Mientras los niños contemplaban el más maravilloso espectáculo que jamás vieran sus ojos, un leve rumor de pies y un cuchicheo sonó detrás, y de la negrura, que no disipaban las llamas erguidas, salió una parda multitud de pequeños séres que corrían, brincaban y saltaban, daban volteretas, andaban algunos a gatas y otros con la cabeza para abajo. Cogidos de la mano, acercáronse a las llamas y se pusieron a bailar en ronda.

—Son osos,—dijo Juana.—Estoy segura de ello. ¡Ojalá no hubiéramos venido! Y tengo las botas tan mojadas...

El anillo de la danza se rompió de súbito, y un momento después, centenares de brazos velludos agarraron a Juana y a Jorge, que se encontraron en medio de una gran muchedumbre de gentecilla gorda, toda vestida de piel oscura y suave. El blanco silencio se acabó de romper.

—¡Sí, osos!—exclamó una vocecilla chillona.—Mejor quisiérais habéros las con osos que con nosotros.

Tan terrible era aquello, que Juana empezó a dar gritos. Hasta aquel momento, los niños no habían visto más que portentos admirables; pero ya iban sintiéndose pesarosos de haber hecho lo que les habían prohibido hacer, y la diferencia entre la yerba y el musgo no les parecía tan grande como en las cercanías de su casa.

A los primeros chillidos de Juana, los hombrecillos pardos se echaron atrás. En las regiones árticas nadie grita, para que el hielo no se quiebre, y, por lo tanto, aquella gente no había oído gritar nunca.

—No grites de veras ni llores, que te van a salir sabañones en los ojos,—murmuró Jorge.—Pero haz como si aullaras, para asustarlos.

Hizo Juana como que aullaba y dejó de llorar, cosa que ocurre siempre cuando uno se pone a fingir: probad y lo veréis. Y en voz muy alta, como para que



lo oyesen a pesar de los aullidos de Juana, exclamó Jorge:

—¿Qué miedo es ese? Somos Jorge y Juana. Vosotros, ¿quiénes sois?

—Somos los enanos de piel de toca,—dijeron los hombrecillos pardos, estirando y revolviendo sus cuerpos velludos, como los vidrios de colores se remue-

ven en un caleidoscopio. —Somos muy preciados y costosos, porque estamos hechos totalmente de legítima piel de foca de primera calidad.

—¿Y para qué sirven esas llamas?—bramó Jorge, puesto que su hermana seguía chillando a más y mejor.

—Son—dijeron los enanos acercándose un poco—las hogueras que hemos encendido para desentumecer al dragón. Ahora está helado, y por eso se enrosca al Polo, pero cuando le hayamos desentumecido con nuestras hogueras, echará a andar y se comerá a todo el mundo, menos a nosotros.

—Y... ¿qué... interés... tenéis... en ello?—balbuceó Jorge.

—Es por odio,—vocearon los enanillos, sin darle importancia al asunto, como hubieran podido decir. «es por broma».

—No teneis corazón,—exclamó Juana, interrumpiendo sus clamores.

—Sí que lo tenemos; nuestro corazón es también de piel de foca, y de la más fina, como la que sirve para hacer portamonedas...

Y se acercaron más. Eran muy gordos, redondos. Sus cuerpos eran como chaquetas de piel de foca ves-

tidas por una persona muy gruesa; sus cabezotas, como manguitos de la misma piel, y ambas piernas como boas; las manos y los pies, de foca igualmente, eran como petacas. Y tenían cara de foca, velluda también.

—Muchas gracias por la noticia,—dijo el niño.—  
Y adiós. (Juana, sigue aullando.)

Pero los enanillos se acercaron más a ellos, musitando y cuchicheando. De pronto, cesó el cuchicheo y se hizo un silencio tan profundo que ni Juana se atrevió a turbarlo con sus aullidos. Pero era un silencio pardo, y a ella le gustaba más el silencio blanco de antes.

Entonces, el jefe de los enanos, llegándose a los niños, preguntó:—¿Qué es eso que lleváis en la cabeza?

Jorge comprendió que estaba perdido, porque el enano se refería a la gorra de piel de foca de su papá.

No esperó respuesta el jefe.

—Está hecha con piel de uno de nosotros,—exclamó,—o, por lo menos, con piel de foca! ¡Desgraciada pariente nuestra! ¡Ah, nos las pagaréis todas juntas!

Y al ver las perversas caras de foca de los que les rodeaban, Jorge y Juana sintieron que, efectiva-

mente, allí iban a acabar sus deudas. Los enanos apretujaron a los niños entre sus brazos. Jorge empezó a repartir puntapiés, inútilmente, porque no se trata a puntapiés a la piel de foca, y Juana volvió a dar aulli-



dos; pero los enanos se habían acostumbrado ya a ellos. Treparon por los costados del dragón de hielo y echaron a los niños sobre su gélido espinazo, de espaldas al Polo Norte. No tenéis idea de lo frío que estaba, con ese frío que os empequeñece y encoge dentro de vues-

tras vestiduras, haciendoo desear otras, veinte veces más tupidas, para sentiros empequeñecidos y encogidos dentro de ellas.

Los enanos de piel de foca ataron a Jorge y a Juana al Polo Norte, y a falta de cuerda lo hicieron con hilillos de nieve, que son muy resistentes cuando están hechos como es debido, y acercaron más todavía las llamas, diciendo:

—Ahora, el dragón irá entrando en calor, y cuando se reanime se despertará, y cuando se despierte empezará a sentir hambre, y cuando sienta el hambre/querrá comer, y el comestible que más a mano encontrará seréis vosotros.

Las llamitas agudas y multicolores se erguían como tallos de lirios de ensueño, pero ningún calor llegaba hasta los niños, que iban quedándose fríos, más cada vez.

—No vamos a estar muy calientes cuando el dragón nos coma; es un consuelo,—observó Jorge.—Mucho antes nos habremos helado.

De pronto, oyóse un rumor de alas, y el guaco blanco fué a posarse en la cabeza del dragón, diciéndoles:

—¿Puedo serviros de algo?

Tal frío sentían entonces los niños, tan fríos se iban quedando, tan fríos, que no pudieron decirle sino que tenían frío. Y el guaco blanco les contestó:

—Esperad un momento. Os estoy sumamente agradecido y celebro tener ocasión de que veáis en lo que estimo vuestra generosa conducta, cuando lo del cartucho.

Y un momento después, oíase en lo alto un leve movimiento de alas, y en seguida empezaron a caer suavemente, suavemente, cientos y miles de plumitas sedosas. Caían, como si fueran copos de nieve, encima de Jorge y de Juana, y se amontonaban igual que los copos, como una cubierta más espesa cada vez, dejando a los niños bajo un edredón de pluma, de la cual sólo sus caras emergían.

—¡Oh, guaco blanco, qué bueno eres, qué amable, qué agradecido!—exclamó Juana.—¿No te enfriarás tú por habernos dado todas tus lindas plumas blancas?

Echóse a reír el guaco blanco, y, como un eco, repitieron su risa otras mil suaves voces de ave.

—¿Crees que tantas plumas pueden salir de un sólo pecho? Estamos aquí a centenares, y cada uno de nosotros puede privarse de un mechoncito de suaves

plumas de su pecho para dar calor a vuestros corazoncitos generosos.

Así habló el guaco blanco, que era, en verdad, ave bien educada. Acurrucáronse, pues, los niños bajo las plumas, y entraron en calor, y cuando los enanillos de piel de foca intentaron arrebatar las plumas, el guaco y sus amigos volaron contra ellos, dándoles alelazos y chillidos en la cara, hasta que los hicieron retroceder. Los enanos eran gente cobarde.

Aún no se había movido el dragón, pero de un momento a otro podía sentirse lo suficientemente reanimado para moverse, y Juana y Jorge, aunque muy calentitos, no estaban a gusto ni perdían el miedo. Trataron de indicárselo al guaco blanco, pero, aunque bien educado, no era muy listo y les contestó:

—Ya tenéis un nido caliente, y nosotros cuidaremos de que no os lo quiten. ¿Qué más podeis desear?

En aquel momento, oyóse un nuevo rumor de alas, extraño, a sacudidas, más suave que el de los guacos mismos, y Jorge y Juana gritaron a la vez:

—¡Eh! ¡Cuidado con las alitas y las llamas!

Porque habían visto venir a la gran polilla ártica.

—¿Qué ocurre?—preguntó, posándose en la cola del dragón.

Ellos le contaron lo que sucedía.

—¿Decís que son de piel de foca?—preguntó la polilla.—Pues esperad un minuto.



Echó a volar, dando muchos rodeos para esquivar las llamas, y cuando volvió, venían con ella tantas polillas que formaban como una sábana blanca entre los niños y las estrellas.

Una sentencia irremisible cayó entonces sobre los perversos enanos. La gran sábana de alada blancura se rompió y fué a caer como la nieve encima de los enanos de piel de foca: y cada copo de nieve era una polilla viva, que revoloteaba hambrienta, hincándose ávida en lo hondo de las pieles.

Las personas mayores os dirán que no son las polillas, sino sus hijos, los que se comen las pieles, pero no las creáis; tratan de engañaros. Cuando no piensan en ello, dicen: «Temo que la polilla me haya echado a perder mi esclavina de armiño», o «A la pobre tía Emma la polilla se le ha comido aquel abrigo de marta que tenía».

Y nunca como en aquella ocasión se habían juntado tantas polillas en el mundo, todas contra los enanillos de piel de foca.

Los enanos no supieron que peligraban hasta que fué demasiado tarde. Pidieron a gritos alcánfor, aceite de espliego, jabón amarillo y borraja, y algunos enanos corrieron a buscar esos productos; pero, antes de que pudiesen llegar a la droguería, todo había terminado. Las polillas comieron, comieron, comieron hasta que los enanos de piel de foca, que eran todos de piel, hasta en sus insensibles corazones, murieron uno a uno y fueron cayendo sobre la nieve sus despojos inútiles. En derredor del Polo Norte, la nieve se puso parda con tanta piel inanimada.

—¡Gracias, gracias, polilla ártica!—gritó la niña.—Eres buena: me figuro que no habrás comido tanto que vaya a sentarte mal después.

Millones de polillas contestaron con una risa tan suave como sus alas:

—Seríamos gente miserable si no pudiéramos comer con exceso una vez, siquiera por servir a un amigo.

Y salieron colando, y se marchó también el guaco blanco, y muertos estaban los enanitos de piel de foca, y las llamas se habían extinguido y Juana y Jorge se quedaron en la oscuridad, sólo con el dragón.

—¡Ay!—sollozó ella.—Esto es lo peor de todo.

—Ya no tenemos amigos que nos ayuden,—continuó Jorge, sin pensar que el dragón mismo podría ayudarles; pero tal idea no se le hubiese ocurrido jamás a ningún chico.

El aire iba enfriándose, enfriándose, enfriándose cada vez más, tanto que, a pesar de las plumas de guaco, los dos niños tiritaban. Cuando estuvo tan frío que ya no era posible estarlo más sin que se hiciese pedazos el termómetro, naturalmente se contuvo el frío, y entonces el dragón, desprendiéndose del Polo Norte, fué avanzando, larguísimo, helado, sobre la nieve, mientras decía:

—¡Esto ya es otra cosa! ¡Qué desfallecido me tenían las llamas!

Era el caso que los enanillos de piel de foca habían hecho lo contrario de lo que convenía: el dragón llevaba tanto tiempo de estar helado que ya no era más que una sólida masa de hielo, y las llamas le ponían a punto de morir. Así que, en cuanto se apagaron, se reanimó y empezó a sentir hambre. Buscó en derredor algo que comer, pero no vió a Jorge ni a Juana, ni los sintió, porque estaban pegados encima de él.

Avanzó despacio, y los hilillos de nieve que ataban a los niños al Polo se rompieron de la sacudida. El dragón se encaminaba hacia el Sur, con Juana y Jorge sobre su colosal espalda escamosa, brillante de hielo. Claro está que si el dragón quería ir a alguna parte no podía ser más que hacia el Sur, porque cuando uno llega al Polo Norte no tiene otro lado adonde ir. Chirriaba el dragón y producía a veces un son de campana, exactamente como el candelero de cristal tallado cuando uno lo toca, aunque siempre se lo prohíben a uno. Un millón de caminos salían del Polo Norte, ya os lo podéis figurar, y también la suerte que Juana y Jorge tuvieron de que el dragón echase por el que les convenía; pues, de repente, sintieron que sus patatas enormes pasaban sobre el gran plano inclinado.

Y corrió muy deprisa, entre las lámparas que eran como estrellas, hacia las colinas del bosque y el palacio de cristal.

—Nos va a dejar en casa,—dijo la niña.— ¡Es un dragón de los buenos! ¡Qué suerte!

Y también Jorge se alegraba, aunque ninguno de los dos estuviera totalmente seguro de llegar a buen fin, sobre todo porque tenían los pies mojados y porque llevaban a casa, en su compañía, un extraño dragón.

Iban con mucha rapidez, porque los dragones pueden subir las cuestas con tanta facilidad como bajarlas. Si os digo por qué, no vais a entenderlo, porque no sabéis, por ahora, más que dividir, pero si me pedís que os lo diga para contárselo a otros chicos, os lo diré. Los dragones pueden poner sus colas en la cuarta dimensión y sostenerse en ella; y cuando se hace una cosa así, todo resulta fácil.

Avanzó muy rápidamente, sin pararse más que a comerse al naturalista y al cazador, que aún luchaban con las dificultades de la cuesta arriba, inútilmente, puesto que no tenían cola ni habían oído hablar nunca de la cuarta dimensión. Y cuando hubo llegado al final del plano inclinado, fué arrastrándose muy lentamente por la campiña oscura, hasta el campo

en que se quemaban los fuegos artificiales, próximo al jardín inmediato a la casa donde los niños vivían. Cada vez iba más despacio, y en el campo de los fuegos tuvo que detenerse; y como las regiones árticas no llegaban ya hasta allí, y como los fuegos artificiales habían producido mucho calor, el dragón empezó a derretirse, a derretirse, a derretirse, y antes de que los niños pudieran darse cuenta de ello, encontráronse sentados en medio de un charco, con las botas y los vestidos empapados de agua y sin rastro ninguno del dragón.

Entonces volvieron a su casa.

Desde luégo, alguna de las personas mayores notó que las botas de Jorge y las de Juana estaban empapadas y llenas de barro, y que no se les había ocurrido más que sentarse en un lugar muy húmedo, por lo cual les mandaron inmediatamente a la cama.

Era ya hora de que estuvieran acostados.

Y ahora, sin tener espíritu de investigación,—cosa no muy conveniente para muchachos que leen cuentos de dragones,—preguntaréis por qué razón, una vez muertos los enanos de piel de foca y extinguidas todas las llamas, sigue brillando en las noches frías la Aurora Boreal tan clara como antes.

¡Pues, hijos, no lo sé! No soy tan orgulloso que me precie de saber todas las cosas. Una de las que no sé, es ésta. Pero sé, en cambio, que, si las llamas lucen otra vez, no las han encendido los enanos de piel de foca, ciertamente, porque a todos se los comieron las polillas, y cosa apolillada no sirve para nada: ¡ni siquiera para encender las luces de la Aurora Boreal!





---

*LOS LIBERTADORES  
DE SU PATRIA*





Todo ello empezó porque a Eugenia se le entró una motita en el ojo. Le escocía mucho. Sentía algo así como una chispa abrasadora, que, además, parecía tener patitas y alas como un mosquito.

Frotábase Eugenia los ojos y lloraba, no con llanto verdadero, sino con esas lágrimas que los ojos vierten porque sí, algunas veces, sin que os sintáis desgraciados; por lo cual, fué en busca de su padre para que le extrajera aquello que se le había entrado en el ojo. El padre de Eugenia era médico, de modo que sabía cómo se ha de sacar de los ojos lo que ha entrado en ellos; y muy pronto, con un pincelito muy suave mojado en aceite de castor, sacó la motita. Cuando la hubo extraído, exclamó:

—¡Qué cosa más curiosa!

Otras veces, antes de aquella, se le habían entrado a Eugenia motitas en los ojos, y su padre lo había encontrado muy natural; a veces, fastidioso y hasta pesado, pero siempre natural. Nunca se le había ocurrido encontrarlo curioso. Apretándose el pañuelo contra el ojo, le dijo Eugenia:

—Me parece que no ha salido.—Cosa que dice siempre todo aquél que ha tenido algo en los ojos.

—¡Ya lo creo que ha salido!—contestó el doctor.—Aquí lo tienes en el pincel. Es interesantísimo.

Nunca le había oído Eugenia decir cosa por el estilo acerca de nada en que ella tuviese participación.

—¿Qué?

Atravesó cuidadosamente el doctor el cuarto en que estaba, con el pincelito en la mano, y lo sostuvo metiendo el extremo bajo la lente de su microscopio; dió vuelta a los tornillos metálicos y miró por el antejo.

—Válgame Dios!—dijo.— ¡Válgame Dios!  
¡Raro bicho! Cuatro miembros de igual desarrollo; largo apéndice caudal. Cinco dedos de largura desigual, como si fuese un lacértido, y además, señales de alas.—El ser que miraba con el antejo se retorció levemente en el aceite de castor, y el médico prosiguió

en voz alta:—Eso es; un ala como de murciélago. Especie nueva, sin duda. Eugenia, corre al buscar al profesor y dile que tenga la bondad de venir unos instantes.

—Dos reales me debes, papaíto,—dijo Eugenia, —por haberte traído una especie nueva. Lo guardé con mucho cuidado en este ojo, y me duele todavía.

Tan satisfecho estaba el doctor con su nuevo ejemplar, que dió una peseta a Eugenia; en aquel momento entraba el profesor. Quedóse a almorzar, y él y el doctor se pasaron toda la tarde en disputa continua, entusiasmados, acerca del nombre y de la familia a que podría pertenecer aquello que le habían sacado a Eugenia de un ojo.

Pero a la hora de la merienda hubo otro acontecimiento. Enrique, el hermano de Eugenia, pescó en su taza de té una cosa que le pareció una tijereta. Iba a echarla al suelo para acabar con ella del modo habitual, cuando, abriendo el bicho un par de alas húmedas, se lanzó desde la cuchara al mantel. Empezó a atusarse con una pata y a estirar las alitas, y Enrique exclamó:

—¡Si es una lagartija menuda!

El profesor, antes de que el doctor hubiese podido

decir palabra, se inclinó sobre la mesa y exclamó, hablando muy rápidamente:

—Un duro te doy por ella, Enrique, hijo mío.—  
Y la cogió muy delicadamente con su pañuelo.

—Es un nuevo ejemplar,—dijo después,—y mejor que el suyo, doctor.

Era un lagarto finísimo, como de media pulgada de largo, con escamas y alas.

Tenían, pues, el doctor y el profesor, cada cuál su ejemplar, y estaban contentísimos. Pero muy pronto empezaron uno y otro a perder valor, porque al día siguiente, cuando el criado limpiaba las botas del doctor, soltó de repente la que tenía en la mano, el cepillo y el betún, y dió un grito, diciendo que se había quemado. Y del interior de la bota salió arrastrándose un lagarto del tamaño de un gato recién nacido, con amplias alas brillantes.

—¡Ah!—dijo Eugenia.—Ya sé lo que es; es un dragón como el que mató San Jorge.

Estaba en lo cierto. Aquella tarde un dragón del tamaño de un conejo mordió en el jardín al perro que intentaba cazarle, y al otro día todos los periódicos no hablaban más que de los maravillosos «lagartos alados» que habían hecho su aparición en todo el país.

No les llamaban dragones porque, claro está, nadie cree ya en dragones y de ningún modo podía ser la prensa tan cándida que fuese a creer en cuentos de hadas. Al principio eran pocos, pero al cabo de una o dos semanas, el país estaba literalmente plagado de dragones de todos tamaños, y a veces los veían en el aire tan juntos como un enjambre de abejas. Todos se parecían, excepto en el tamaño. Eran verdes, con escamas, y tenían cuatro patas, una larga cola y grandes alas como de murciélago, de un pálido color amarillo semitransparente. Echaban fuego y humo por boca y narices, como todo dragón que se respeta; pero los periódicos seguían empeñados en que se trataba de lagartos, hasta que uno muy grande cogió y se llevó al director de «El Eco». Los demás periodistas no se atrevían ya a dejar de creer. Y cuando el elefante más gordo del jardín Zoológico fué arrebatado por un dragón, todos los periódicos se desentendieron de sus escrúpulos y encabezaron sus ediciones con grandes letreros que decían: «Alarmante plaga de dragones».

Y no podéis figuraros cuán alarmante era, y, a la vez, de qué modo iba agravándose. Los dragones de primera magnitud eran terribles ciertamente, pero una vez sentado que los dragones se acuestan siempre muy

tempranito, porque les sienta mal el aire fresco de la noche, con quedarse de día en casa ya no eran de temer. Pero los de tamaño chico eran un verdadero engorro. Los que eran como tijeretas, se pegaban al jabón y a la mantequilla; los que eran como perros caían en el baño, y, con el fuego y el humo que llevaban en su interior, lo recalentaban de tal modo que muchos, al querer bañarse después en agua fría, se escaldaban lastimosamente; los que eran como pichones se metían en el cestillo de la costura o en los armarios y mordían al que metía la mano allí en busca de un dedal o un pañuelo; a los que eran como corderos se les podía evitar fácilmente, porque se les veía venir; pero cuando volaban hasta las ventanas y se escondían debajo del edredón, y al irse a acostar topaba uno con ellos, no le hacía ninguna gracia. Los que eran de ese tamaño no se comían a la gente: se alimentaban sólo de hortalizas, pero destrozaban horriblemente las sábanas y las almohadas.

El Ayuntamiento y la policía no dejaron de hacer cuanto estaba en su mano, puesto que ya no servía de nada lo de ofrecer la mano de la princesa al que matase al dragón. Eso estaba muy bien en los tiempos de antaño, cuando no había más que un dragón y una prin-

cesa; pero, a la sazón, más que las princesas abundaban los dragones, aunque la familia real era muy dilatada. Y hubiera sido, además, un verdadero derroche de princesas, si se hubiese ofrecido tal premio a todo el que matase un dragón, porque todo el mundo mataba cuantos podía por su propio impulso y sin necesidad de ningún premio, para quitarse de encima las molestias que causaban. Dispuso el Ayuntamiento que se procediese a la cremación de cuantos dragones se entregasen en sus oficinas de diez de la mañana a dos de la tarde, y todos los días de la semana veíanse parados en la calle, ante el Concejo, vagones, carretas y carretillas de dragones muertos. Los muchachos llevaban cubos llenos, y los chiquillos, al volver a casa desde la escuela, nunca dejaban de echar un puñado o dos de dragones pequeñitos que habían encerrado en su cartera o atado en su pañuelo de bolsillo. Y, sin embargo, cada vez se hubiera dicho que había más dragones. En vista de ello, la policía montó grandes torres con maderos y bastidores de lona embadurnados con una liga especial, a la que se había dado privilegio de invención. Cuando los dragones, volando, tropezaban en una de aquellas torres, se quedaban adheridos como las moscas a esos papeles que se suelen poner en las cocinas; y

cuando una torre estaba totalmente cubierta de dragones, el inspector de policía mandaba pegarle fuego, quemándola con dragones y todo.

Y, sin embargo, parecía que cada vez había más dragones. Las tiendas veíanse llenas de venenos garantizados para dragones, de jabón antidragónico, de cortinas a prueba de dragón para las ventanas; a decir verdad, se hacía cuanto era posible hacer.

Y, sin embargo, parecía que cada vez había más dragones.

No era cosa muy fácil acertar con el veneno adecuado para un dragón, porque habéis de saber que comían cosas muy diferentes. Los mayores comieron elefantes mientras los hubo, y después la emprendieron con caballos y vacas. Otros no comían más que lirios del valle, y había unos de cierto tamaño que sólo comían presidentes del Consejo de Ministros cuando los hallaban a mano, y, cuando nó, se tragaban sencillamente un botones. Otros vivían no más que de ladrillos, y hubo tres que en una tarde se comieron dos terceras partes del Hospital del Sur, ellos solos.

Pero los que más miedo le daban a Eugenia eran unos tan grandes como un comedor, que se zampaban chicos y chicas.

Eugenia y su hermano habíanse regocijado al principio con el cambio de vida. ¡Era tan divertido aquello de estar en pie toda la noche, en lugar de irse a la cama, jugando en el jardín iluminado con lámparas eléctricas! ¡Y les hacía tanta gracia oírle decir a su madre, cuando se iban a acostar: «¡Buenas noches, hijos míos! ¡A ver si os estáis todo el día durmiendo! No os vayáis a levantar temprano, ni salgáis hasta que haya oscurecido del todo. ¡No os agradecería mucho que os cogiese uno de esos pícaros dragones!»

Pero, al cabo de algún tiempo, llegaron a cansarse; tenían ganas de ver las flores y los árboles que crecen en el campo, de gozar al aire libre la hermosa luz del sol, y no a través de cristales o de cortinas garantizadas, a prueba de dragones. Y sentían necesidad de jugar en el césped, cosa que no podían hacer en el jardín iluminado con luz eléctrica, a causa del rocío de la noche.

Y tanto deseaban salir, siquiera una vez, con la luz del sol, tan hermosa, tan brillante, tan peligrosa, que empezaron a cavilar y a tramar algún pretexto que les *obligara* a salir. Pero no querían desobedecer a su madre.

Y sucedió que una mañana en que su madre an-



daba muy atareada con la preparación de un veneno nuevo contra los dragones, que pensaba poner en la despensa, y su padre vendaba la mano del criado aquel de las botas, al cual había arañado un dragón de los que comían presidentes del Consejo de Ministros cuando los hallaban a su alcance, nadie se acordó de decir a los niños: «No os levantéis hasta que haya oscurecido del todo!»

—Salgamos ahora,—propuso Enrique.—A nadie desobedecemos. Sé perfectamente lo que hemos de hacer, pero no sé cómo hemos de hacerlo.

—¿Qué hemos de hacer?—preguntó Eugenia.

—Tenemos que despertar a San Jorge, claro está,

—dijo Enrique.—Era la única persona que en su ciudad sabía cómo hay que tratar a un dragón; los que salen en los cuentos de hadas, no hay que contar con ellos. San Jorge sí que es una persona verdadera, solo que está dormido y esperará que le despierten. Por más que ahora, como dice papá, nadie cree en San Jorge.

—Nosotros sí,—interrumpió Eugenia.

—¡Claro que sí! ¿No ves, tonta, que esa es la única razón que tenemos para ir a despertarle? ¡No vas a despertar a la gente en quien no creas, me parece a mí!

Asintió Eugenia; pero, ¿dónde encontrar a San Jorge?

—Vamos a verlo,—prosiguió Enrique, atrevido.—Tú te pones un vestido a prueba de dragón, hecho con tela de esas cortinas. Y yo me untaré todo, con el mejor veneno antidragónico...

Eugenia palmoteó y saltó de gusto, gritando:

—¡Enrique! ¡Ya sé dónde vamos a encontrar a San Jorge! ¡En la Iglesia de San Jorge, eso es!

—¡Ején,—contestó Enrique, sintiendo que no se le hubiese ocurrido a él la idea—Para ser una chica, no dejás de tener cierto talento.

Al día siguiente, por la tarde, a primera hora, cuando aún faltaba mucho para que los rayos del sol poniente anunciaran la proximidad de la noche, en que todos estarían levantados, dedicándose a sus quehaceres, salieron de la cama los niños, se envolvió Eugenia en un chal de muselina a prueba de dragón (pues no les quedó tiempo para hacer un abrigo), y Enrique convirtióse en un hórrido comistrajo, untándose todo de veneno garantizado contra los dragones. No tuvo el menor reparo en ello, porque, según la patente, era inofensivo para los niños y las personas impedidas.

Cogidos de la mano echaron a andar hacia la iglesia de San Jorge. Bien sabéis que hay muchas iglesias de San Jorge, pero, afortunadamente, la iglesia adonde se dirigían era la verdadera. Caminaban a la luz del sol, sintiéndose muy animosos y aventureros.

En las calles apenas había más que dragones; la plaza era sencillamente un hormiguero de ellos. Por fortuna no había ninguno del tamaño de los que comían chicos y chicas, que si no, aquí hubiera dado fin esta historia. Había dragones en las aceras, dragones en el arroyo, dragones en las escalinatas de los edificios públicos y dragones que se calentaban las alas en los tejados al ardiente sol de prima tarde. Toda la ciudad

estaba verde, con tanto dragón. Hasta cuando los niños salieron de la ciudad y caminaban por las praderas observaron que, a uno y a otro lado del camino, el campo estaba más verde que de costumbre, y que había en él patas escamosas y colas. Y algunos dragoncillos menudos tenían hechos sus nidos entre los setos de zarza florida.

Eugenia apretaba muy fuerte la mano de Enrique, y una vez que un grueso dragón pasó volando junto a su oído, no pudo contener un grito, y una bandada entera de dragones verdes levantó el vuelo al oírlo, cruzando el aire. Los muchachos oyeron el zumbido de sus alas al volar.

—Quiero volverme a casa,—insinuó Eugenia.

—No seas tonta,—replicó Enrique.—Los que van a ser libertadores de su país no gritan nunca ni dicen que quieren volverse a casa.

—¿Y seremos eso nosotros?—preguntó Eugenia.

—Ya lo verás,—contestó su hermano, mientras seguían su marcha.

Cuando llegaron a la iglesia de San Jorge, encontraron las puertas abiertas y pasaron adentro... pero San Jorge no estaba allí, de modo que tuvieron que dar vuelta y entrar en el cementerio contíguo, para

hallar al cabo el sepulcro de piedra de San Jorge, cuya imágen, tallada en mármol, con armadura y yelmo, descansaba encima, juntas sobre el pecho las manos.

—¿Cómo le despertaríamos?—se preguntaron.

Enrique dirigió la palabra a San Jorge; pero no obtuvo respuesta. Le llamó, y el santo no le oía. Y, por último, intentó despertar al insigne matador de dragones cogiéndole por los marmóreos hombros. Pero San Jorge seguía sin enterarse.

Entonces Eugenia se echó a llorar, rodeó con sus brazos el cuello de San Jorge, en cuanto el mármol se lo permitía, que no era mucho, y besó la marmórea faz, diciendo:

—¡San Jorge, buen santo, santo querido, santo amable, despiértate, por favor, y ayúdanos!

San Jorge abrió entonces los ojos soñolientos, se volvió y dijo:

—¿Qué te pasa, hija mía?

Los niños le contaron lo que ocurría; el santo se incorporó, apoyándose en un codo, para escucharles. Pero en cuanto hubo oído que los dragones eran tantos, movió la cabeza.

—No puede ser,—dijo,—son demasiados para este pobre Jorge, tan viejo ya. Debíais haberme des-

pertado antes. Siempre estaba dispuesto a luchar... Para un dragón, un hombre; tal era mi divisa.

En aquel momento pasó volando por encima del sepulcro una bandada de dragones, y el santo tiró a medias de su espada.

Pero volvió en seguida a mover la cabeza, envainó de nuevo la espada y la bandada de dragones fué perdiéndose, diminuta, a lo lejos.

—Nada puedo hacer,—dijo;—las cosas han cambiado mucho desde mis tiempos. Ya me lo había dicho San Andrés. Fueron a despertarle cuando lo de la huelga de mecánicos y entonces me lo refirió. Dice que ahora lo hacen todo con máquinas; algún medio habrá para deshacerse de esos dragones. Y a propósito, ¿qué tiempo hace en estos días?

Tan falta de interés y tan poco amable les pareció la pregunta, que Enrique no quiso responder. Pero Eugenia, pacientemente, dijo:

—Muy bueno. Papá dice que nunca ha hecho tanto calor en este país.

—Ya lo presumía yo,—dijo al oírlo el paladín, con aire pensativo.—Pues lo único que se podría hacer... los dragones no resisten a la humedad ni al frío; eso es lo único. Si pudiéseis encontrar los grifos...

San Jorge empezaba a echarse otra vez en su losa de piedra.

—Vaya, adiós; siento mucho no poder ayudaros, —dijo, saludándoles con su mano marmórea.

—Sí que puedes... —gritó Eugenia; —dínos dónde están... qué grifos son esos.

—¡Ah! es como un cuarto de baño... —continuó San Jorge, cada vez más soñoliento, —y hay un espejo, además, en que se ve todo el mundo y el porvenir. San Dionisio me habló de ello; me dijo que era una cosa muy bonita. Siento no poder... ¡Vaya, adiós!

Y se recostó en el mármol, y en un momento se quedó dormido.

—No encontraremos nunca esos grifos, —lamentó Enrique. —¿No hubiera sido horrible que San Jorge se despertara en el momento en que hubiese cerca de aquí un dragón del tamaño de los que comen paladines?

Eugenia se quitó el chal a prueba de dragón:

—No hemos encontrado ninguno de los que son del tamaño de un comedor, —dijo, —de modo que debemos de estar seguros.

Y diciendo así, cubrió con la tela a San Jorge, y Enrique untó cuanto pudo con el veneno dragonícida



la armadura del santo, para librarle de todo riesgo. —Podemos quedarnos escondidos en la iglesia hasta el anochecer,—propuso,—y entonces...

Pero en el mismo instante cayó sobre ellos una espesa sombra y al punto vieron que se trataba de un dragón tan grande como el comedor de su casa.

Entonces comprendieron que todo estaba perdido. El dragón lanzóse sobre ellos y los cogió entre sus garras; con una hizo presa en la blusa de seda verde de Eugenia, y con la otra en el faldón de la chaqueta de colegial de Enrique, y luego, abiertas las anchas alas amarillas, se remontó en el aire chirriando como un vagón de tercera cuando el freno está muy apretado.

—¡Ay, Enrique!—dijo la niña,—figuro que se dispone a comernos.

Volaba el dragón por encima de bosques y campos, con aletazos tan fuertes, que de cada aletazo avanzaba un cuarto de milla.

Enrique y Eugenia veían a sus pies la comarca entera, seyos y ríos, iglesias y casas de labor, que se perdían a lo lejos, mucho más deprisa que los trozos de paisaje que veis por la ventanilla de los trenes más rápidos.

Y el dragón volaba sin cesar. Cruzáronse con otros dragones que también volaban, pero el dragón del tamaño del comedor de su casa no se detuvo a hablar con ellos, y siguió volando con toda celeridad.

—Ya sabe a dónde tiene que ir,—observó Enrique.—¡Ay, si nos dejara caer antes de llegar allá!

Pero el dragón los tenía bien cogidos y volaba, volaba, volaba, hasta que por último, cuando ya los niños estaban mareados, se posó, rechinándole todos las escamas, en la cumbre de un monte, y se tendió sobre uno de sus verdes costados escamosos, jadeante y casi sin aliento, porque el viaje había sido muy largo. Pero sus garras seguían tirando de la blusa y del faldón de la chaqueta de Enrique.

Eugenia sacó entonces el cortaplumas que Enrique le había regalado el día de su santo. Setenta y cinco céntimos valía, pero en todo un mes que lo llevaba consigo, no había logrado sacar punta con él a un lapicero; sin embargo, se las arregló para cortar el cuello de su blusa, y arrastrándose dejó solamente en una de las garras del dragón un retal de seda verde. No era posible cortar con la navajita aquella el chaquetón de Enrique, y aunque Eugenia lo intentó, hubo de convencerse y resolvió dejarlo. Pero, con ayuda

de ella, el muchacho se ingenió para escurrirse poco a poco, desprendiéndose de sus mangas, de modo que el dragón sujetó pronto únicamente con su otra garra la chaqueta del colegial. De puntillas, fuéronse los dos hasta una grieta que aparecía entre las rocas, y allí se metieron. Era demasiado angosta para que el dragón pudiese pasar, y al darse cuenta de ello, esperaron a que hubiese descansado y se sentara pensando en comérselos, para ponerse a hacerle muecas. Mucho se irritó él con las muecas que le hacían y escupió fuego y humo sobre ellos, pero los niños echaron a correr por la cueva adentro, hasta que se hallaron fuera de su alcance, y el dragón, cuando se hubo cansado de soplar, se fué.

Tan asustados estaban, que no se atrevían a salir de la cueva; entráronse cada vez más en ella y advirtieron que se ensanchaba, que su piso estaba cubierto de arena fina y que en el mismísimo fondo había una puerta sobre la cual estaba escrito:

«GRIFOS DEL UNIVERSO. OFICINAS.  
NO SE PERMITE LA ENTRADA».

Pero los niños abrieron, para husmear lo que dentro había, y de pronto recordaron las palabras de San Jorge.

—Peor de lo que estamos, no podemos estar,— dijo Enrique.—Fuera, nos aguarda el dragón; pues vamos adentro.

Y penetraron, atrevidos, en el cuarto de las espitas, volviendo a cerrar la puerta.

Hallábanse en una especie de sala, abierta en la roca maciza; en un lado entero de la habitación alineábanse las espitas, y sobre cada una un letrero en esmalte, como los de los cuartos de baño. Y como los dos sabían leer palabras de dos sílabas y a veces de tres, pronto se dieron cuenta de que se hallaban en el lugar donde se cambiaba el tiempo. Seis grifos gordos ostentaban los letreros siguientes: «Sol», «Viento», «Lluvia», «Nieve», «Granizo», «Hielo», y una porción de grifos menores, los de «Templado», «Llovizna», «Brisa», «Buen tiempo para el campo», «Patinadores», «Buen tiempo fijo», «Viento Sur», «Viento Este», etc., etc. Abierto estaba del todo el grifo en que se leía «Sol», pero ellos no veían sol por ninguna parte, pues la cueva estaba iluminada por una claraboya de cristal azul, por lo que suponían que la luz del sol iba a caer por otro lado.

Eugenia dijo entonces:

—A los dragones no les gusta el frío.—Y trató

de cerrar el grifo del sol, pero estaba descompuesto: era esa la causa de que hiciera tanto calor y de que no hubiese sido posible exterminar a los dragones. Dejaron, pues, aquel grifo y abrieron el de la nieve, dándole toda la vuelta, y se acercaron al espejo para ver lo que pasaba. Los dragones corrían hacia todos lados, como las hormigas cuando alguien tiene la crueldad de echar agua en un hormiguero,—cosa que vosotros, desde luego, no hacéis nunca.—Y la nieve caía, cada vez más abundante.

Eugenia abrió entonces por completo la espita de la lluvia, y ya apenas se movían los dragones; poco a poco, muchos de ellos iban cayendo, inmóviles, de modo que los niños comprendieron que el agua había apagado el fuego que dentro tenían, causándoles la muerte. Abrieron después la espita del granizo, sólo a medias, para no romper todos los cristales del país, y al cabo de un rato, ni un dragón se movía.

Entonces se dieron cuenta los niños de que eran, efectivamente, los libertadores de su país.

—Nos van a levantar un estátua,—dijo Enrique,  
—más alta que una torre. ¡Todos los dragones están muertos!

—¡Ojalá lo esté el que nos esperaba fuera!—dijo

la niña.—De lo del monumento no estoy muy segura, Enrique. ¿Qué van a hacer con tantos dragones muertos? Enterrarlos, les costaría años enteros, y ¿cómo los van a quemar estando tan mojados. Me gustaría que la lluvia los arrastrase hasta el mar.

Pero no ocurría tal cosa, y los niños empezaban a creer que, después de todo, no habían estado muy inspirados.

—¿Para qué servirá esto?—dijo Enrique, señalando una vieja espita enmohecida, que nadie debía haber tocado desde siglos atrás. Su letrero de esmalte estaba cubierto de polvo y telarañas. Limpiólo Eugenia con la punta de su delantal, porque ella y su hermano, como de costumbre, se habían dejado en casa el pañuelo, y resultó que el letrero decía: «DESAGÜE».

—Abrámoslo,—propuso,—a ver si quita de enmedio los dragones.

Muy apretado estaba, a consecuencia de no haberse usado en tanto tiempo, pero entre los dos consiguieron darle vuelta y fueron en seguida al espejo, a ver lo que pasaba.

Y se había abierto un enorme agujero negro en el centro mismo del mapa de su país, y la tierra, en

derredor, se inclinaba un poco para que las aguas cayesen por la abertura.

—¡Bravo, bravo, bravo!—gritó Eugenia, corriendo hacia los grifos y abriendo todos los que le parecían húmedos: «Llovizna», «Buen tiempo para el campo», y hasta «Sur» y «Sudoeste», porque había oído decir a su padre que esos vientos traen lluvia.

La lluvia caía a mares sobre el país y corría en masas enormes hacia el centro del mapa, precipitándose a cataratas por el agujero central, arrastrando a todos los dragones que eran barridos y desaparecían por la válvula de desagüe, en grandes masas verdes y en manchas verdes sueltas, uno a uno y docena por docena; dragones de todos tamaños, desde los que arrebatan elefantes hasta los que caían en la taza de té.

Y ya no quedaba un dragón. Cerraron los niños la espita del «DESAGÜE» y dejaron abierta a medias la del «Sol», a la que, como estaba rota, nunca pudieron dar vuelta del todo; abrieron también la que decía «Templado» y la de «Llovizna», y las clavaron, para que no se pudiesen cerrar, fijando para siempre el clima de su país, que debía de ser Inglaterra.

¿Cómo volvieron a su casa? En el tren, indudablemente.

¿Y se lo agradeció el país? Pues... el país estaba muy interesado con uná nueva invención para tostar picatostes por la electricidad, y ya no se acordaba de los dragones. Los dragones no tienen importancia cuando se han ido, y ya os podréis figurar que no hubo premio. Y

el padre y la madre, ¿qué hicieron cuando Eugenia y Enrique llegaron a su casa?

Hijos míos, esa es una pregunta tonta que los niños nunca deben hacer. Sin embargo, por una vez sóla, no tengo inconveniente en deciroslo:

La madre exclamó:—¡Hijos de mi vida! ¿estáis sanos y salvos, verdad? Pícaros, desobe-

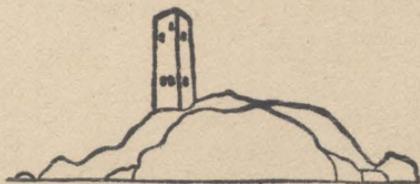


dientes, ¿cómo podéis ser tan malos? ¡A la cama en seguida!

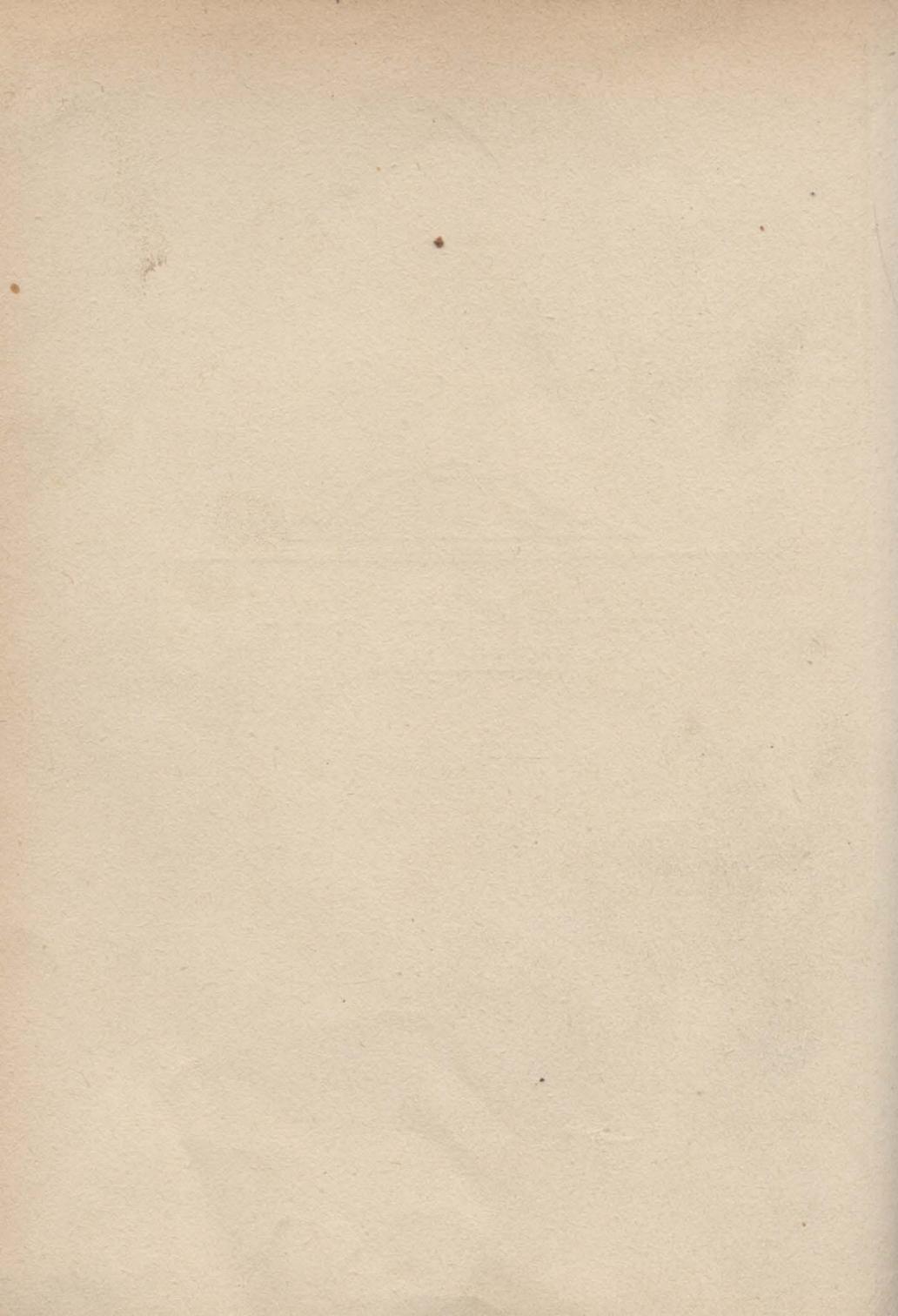
Y su padre, el doctor, dijo: —¡Me gustaría saber dónde habéis estado metidos! ¡Ojalá hubiese guardado algún ejemplar de dragón!... No conservé el que se le entró a Eugenia en un ojo, porque me proponía coger un ejemplar más importante. No sospechaba yo que la especie se iba a extinguir tan de pronto.

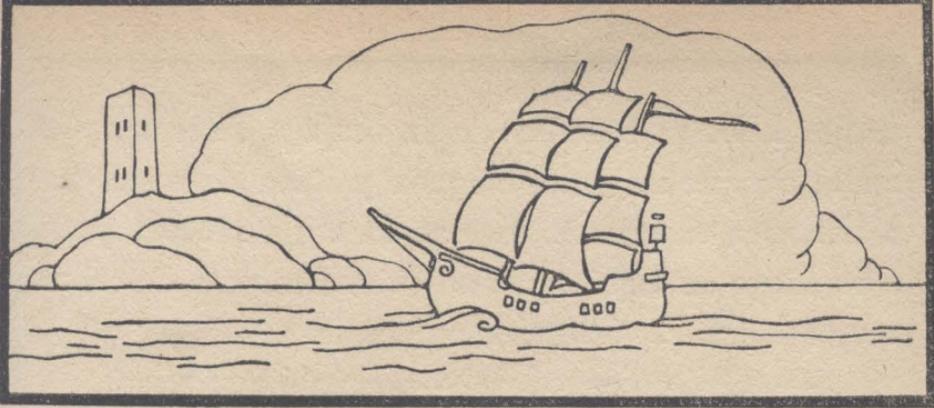
El profesor nada dijo, pero se frotó las manos. Había conservado su ejemplar,—aquel del tamaño de una tijereta, por el que dió un duro a Enrique,—y todavía lo conserva.

Decidle que os lo enseñe, y lo podréis ver.



*LA ISLA DE LOS NUEVE  
REMOLINOS*





El arca negra que daba entrada a la cueva de la bruja, tenía en toda su extensión un fleco negro y amarillo, formado de serpientes vivas. Cuando la reina entró, teniendo cuidado de pasar precisamente por en medio del arco, todas las serpientes levantaron sus perversas cabezas chatas y se la quedaron mirando con sus perversos ojos amarillos.

Ya sabéis que no está bien eso de quedarse mirando a una persona, aunque se trate de una reina; pero tan mal educadas estaban aquellas serpientes, que hasta le sacaban la lengua a la pobre señora: unas lenguas nausebundas, estrechas, afiladas.

El esposo de la reina, como os podéis figurar, era el rey, y además de rey era un hechicero, que se consideraba en la cumbre de su profesión; tan sabio era, que sabía que, cuando reyes y reinas necesitan herederos, siempre es la reina la que va a hacer la petición a una

bruja. Dió, pues señas de la bruja a la reina, y la reina, aunque sin gana ninguna y llena de susto, fué a llamar a su puerta. Estaba la bruja sentada junto a un fuego de leña, agitando en una caldera de cobre, muy reluciente, un líquido espumoso.

—¿Qué quieres, hija?—preguntó a la reina.

—Pues veréis. Yo quisiera una criatura lo más bonita posible. No hemos de reparar en gastos, mi marido dice...

—Sí,—interrumpió la bruja,—ya le conozco; y ¿quieres una criatura? ¿No sabes que te ha de hacer desgraciada?

—Por de pronto me hará feliz,—dijo la reina.

—Muy desgraciada,—insistió la bruja.

—Muy feliz,—insistió la reina.

Entonces, la bruja se determinó:

—Bueno, como quieras. Supongo que no querrás volverte con las manos vacías.

—Al rey le molestaría mucho,—contestó la pobre reina.

—Bueno, bueno,—dijo la bruja;—y ¿qué me das por la criatura?

—Todo lo que me pidáis y yo tenga.

—Pues dame tu corona de oro.

La reina se la quitó inmediatamente.

—Y tu collar de zafiros azules...

La reina se desprendió de él.

—Y tus brazaletes de perlas.

La reina se los quitó de los brazos.

—Y tus broches de rubíes.

La reina soltó los broches.

—Ahora, las azucenas que llevas en el pecho.

La reina entregó el ramo de azucenas.

—Y los diamantes de las hebillitas de tus zapatos.

La reina los desprendió y entrególos a la bruja.

Revolvió la vieja el mejunje que había en la caldera, y uno tras otro fué echando en ella la corona de oro, el collar de zafiros, los brazaletes de perlas, los broches de rubíes y los diamantes de las hebillitas de los zapatos, y, por último, echó también las azucenas.

El mejunje de la caldera hirvió en espumosos borbotones amarillos, azules, rojos, blancos y plateados, y empezó a despedir un suave perfume; después de lo cual, la bruja lo vertió en un pucherito y lo puso a enfriar a la puerta, entre las serpientes. Luégo dijo a la reina.

—La criatura tendrá un pelo tan dorado como tu corona, y unos ojos tan azules como tus zafiros. Serán

sus labios rojos como tus rubíes y su piel tendrá el nacarado de tus perlas. Su alma tendrá la blancura y el aroma de tus azucenas, y tus diamantes no serán más claros que sus pensamientos.

—Gracias, gracias,—dijo la reina.— Y ¿cuándo la tendré?

La encontrarás al llegar a casa.

—¿Y no queréis nada para vos? Cualquier cosilla que os guste, unas tierras, un saco de joyas.

—Gracias, nada quiero,—replicó la bruja.— Puedo hacer en un día más diamantes que los que tú puedes llevar en un año.

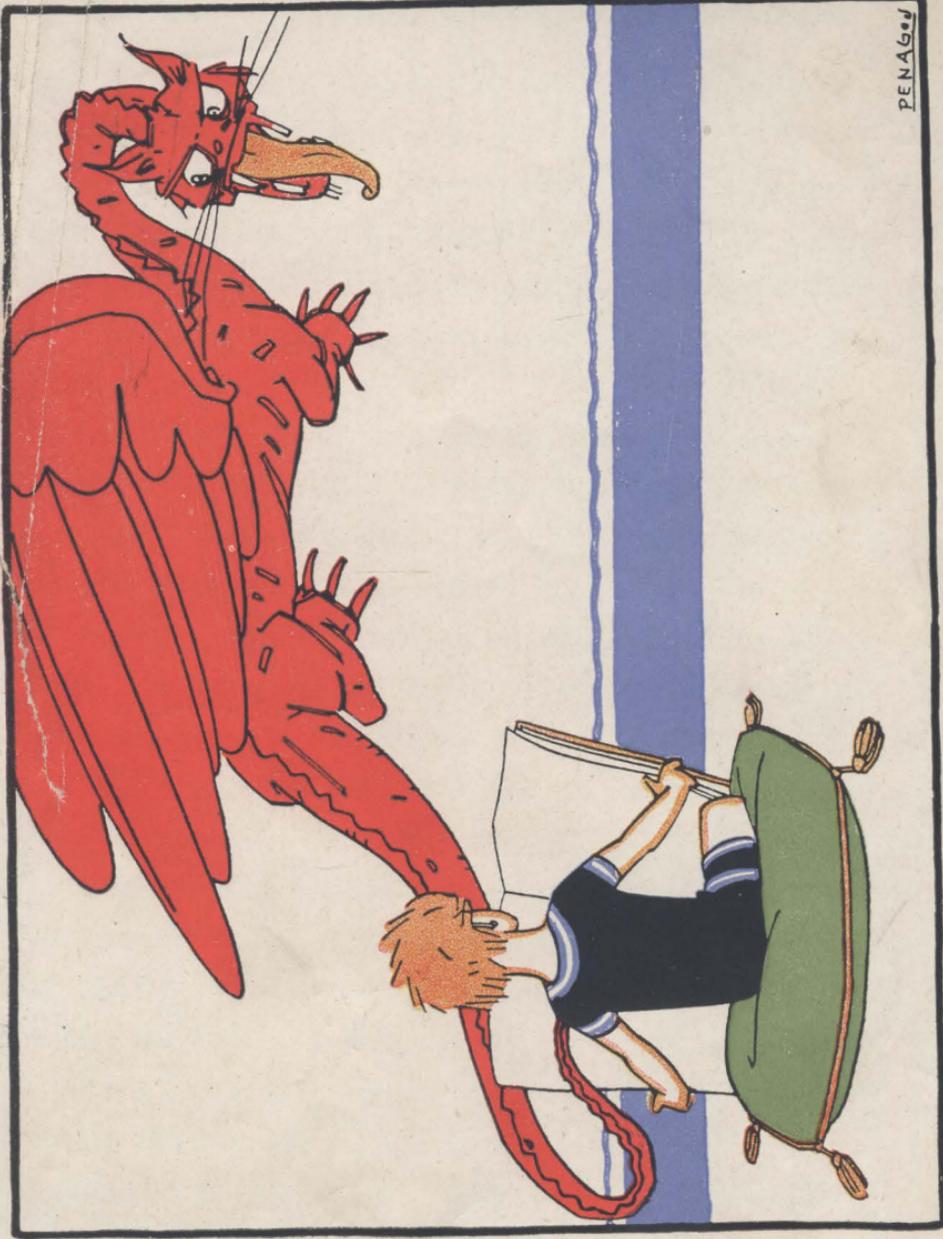
—Bueno, pero yo quisiera hacer algo en vuestro obsequio,—prosiguió la reina.—¿No estáis cansada de ser bruja? ¿No os gustaría más ser duquesa o princesa o algo por el estilo?

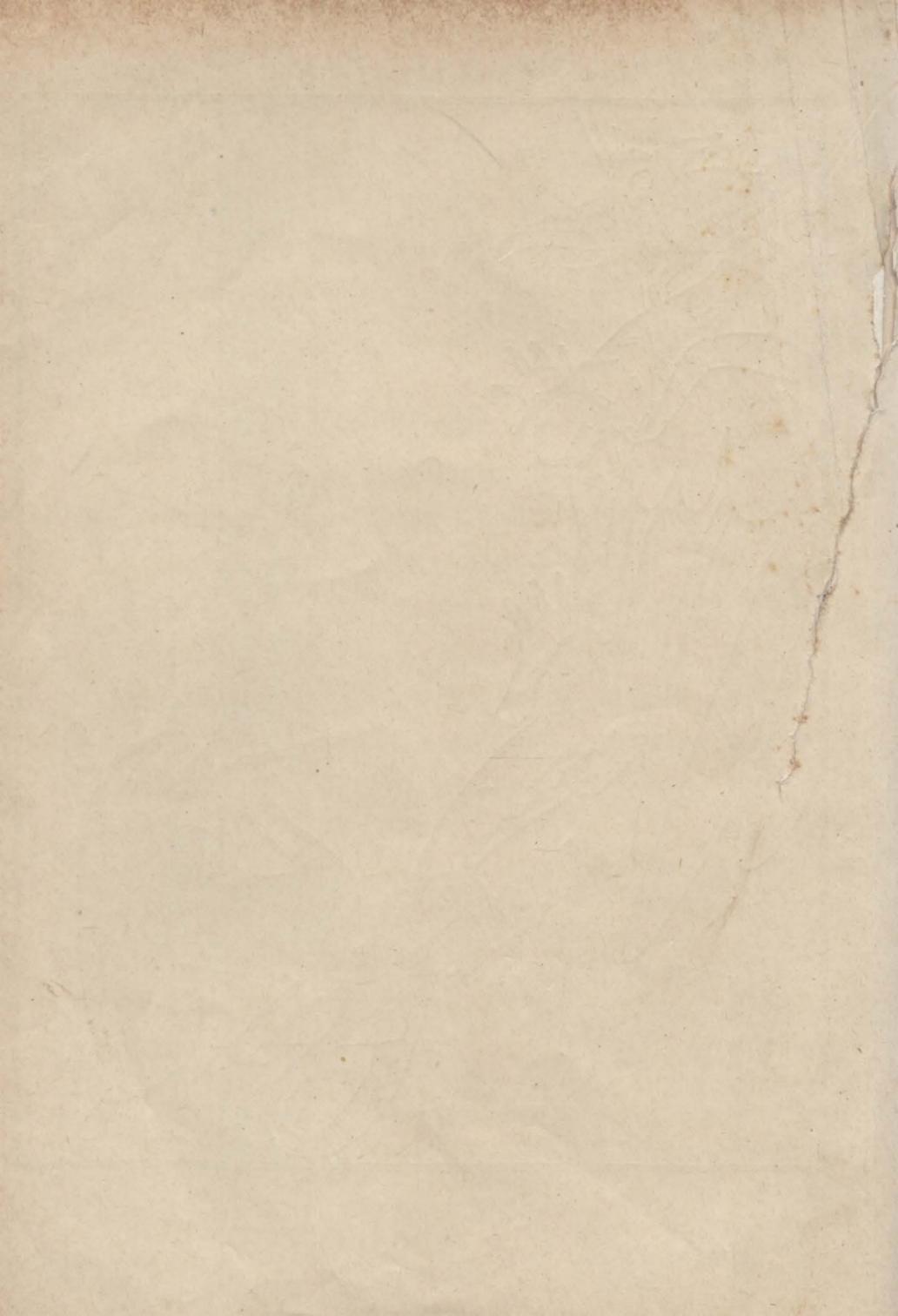
—Otra cosa preferiría yo,—dijo ella;—pero eso no se encuentra en mi profesión.

—Decidme lo que es,—suplicó la reina.

—Me gustaría encontrar álguien que me quisiera —indicó la bruja.

Echóle la reina los brazos al cuello y le dió medio centenar de besos, diciendo:—Yo os quiero más





que a mi vida, porque me habéis dado una criatura, y esa criatura también os querrá.

—Puede que así sea,—admitió la bruja;— cuando tengas pena ven a buscarme; cada uno de esos cincuenta besos será un conjuro que me acerque a tí. Bébetes ahora la medicina, que está muy buena, y vuélvete a casa.

Apuró la reina el mejunje del pucherito, que se había enfriado ya del todo, y se fué, pasando por debajo del fleco de serpientes, todas las cuales se mostraron muy satisfechas. Algunas hasta intentaron hacerle una reverencia cuando pasó, cosa nada fácil cuando uno está colgando cabeza abajo y sujeto por la cola. Pero las serpientes sabían que la reina era amiga de su ama, y claro está que habían de hacer lo posible por mostrarse corteses.

Cuando la reina llegó a su casa, estaba segura de encontrar a su niño, echado en la cuna bordada con el escudo real y llorando con toda la naturalidad posible. Pero la cuna estaba prendida con lazos de color de rosa, y la reina, sólo al verlos, comprendió que lo que había allí era una niña.

Cuando el rey lo supo, mesó con furia la negra cabellera.

—¡Oh, reina tonta, y más que tonta!—dijo. —¿Por qué no me habré yo casado con una mujer lista? ¿Te figuras que me he tomado tanta molestia para que te descuelgues con una niña? Bien sabías tú que lo que yo deseaba era un niño, un heredero, un príncipe que aprendiese toda mi magia y todos mis encantamientos y gobernase el reino después de mí. Apostaría mi corona a que ni siquiera se te ha ocurrido decirle a la bruja qué clase de criatura querías, ¿no es así?

Y la reina, bajando la cabeza, tuvo que confesar que sólo había pedido una criatura.

—Muy bien, señora,—dijo el rey;—perfectamente; pues ahí la tenéis ya. Arregláos como podáis con ella, entre tanto, es una criatura.

Hízolo así la reina. En todos los años de su vida no se había sentido la mitad de dichosa que ahora, siempre que cogía la criatura en brazos. Y corrieron los años y el rey fué volviéndose más experto en la magia y más desagradable en la casa. La princesa se ponía más hermosa y más amable cada día que pasaba.

La reina y la princesa estaban echando de comer a los pececitos de la fuente del patio unas miguitas de las tortas que le acababan de regalar, porque cumplía dieciocho años, cuando apareció el rey, sombrío como

noche de trueno, acompañado por su cuervo familiar, que andaba tras él a saltitos. Amenazó con el puño a su mujer y a su hija, como solía hacer cuando se las encontraba, porque era un rey que no tenía muy buenos modos que digamos. El cuervo se subió al borde de la pila de mármol e intentó atrapar los pececillos, única manera que tenía de mostrar iguales disposiciones que su amo.

—Conque una niña, ¿eh?—gritó el rey, irritado.

—No sé cómo te atreves a mirarme a la cara, sabiendo que tu tontería lo ha echado a perder todo.

—No debías hablar así a mi madre,—dijo la princesa. Tenía diez y ocho años y de pronto se le había ocurrido que ya era una persona mayor; por eso se atrevió a hablar.

El rey se quedó unos cuantos minutos sin poder pronunciar palabra: tanta era su cólera. Y tan asustada estaba la reina, que dijo bruscamente:

—Hija, tú no te metas en nada.—Y, dirigiéndose a su esposo:—¿Por qué has de estar siempre atormentando? Verdad que nuestra hija no es más que una muchacha, pero puede casarse con un hombre listo que pueda regir tus estados después de tí y sepa de magia mucho más de lo que tú puedas enseñarle.

Al rey se le soltó por fin la lengua.

—Muy listo ha de ser su marido, si se casa; muy listo, ya lo creo. Y tendrá que saber de magia muchísimo más de lo que yo pueda enseñarle.

Por el tono, conoció la reina que su regio consorte estaba a punto de hacer una barbaridad.

—¡Ay!—intervino,—no castigues a la niña, sólo porque quiere a su madre.

—No voy a castigarla por eso,—dijo él;—no voy más que a enseñarla a respetar a su padre.

Y sin añadir palabra se fué a su laboratorio y se estuvo trabajando toda la noche, poniendo al fuego en unos crisoles materias de colores diferentes y copiando encantamientos en curiosos caracteres retorcidos, de viejos librotos, que tenían grandes manchones en sus páginas amarillentas.

Al día siguiente todo estaba dispuesto. Llevó a la pobre princesa a la torre solitaria, que está en una isla en medio del mar, a mil millas de distancia de todas partes. Le dió una dote y le señaló una bonita renta. Contrató a un dragón competente para que la vigilara y también a un respetable grifo, acerca de cuyo nacimiento y crianza él sólo podía dar informes. Y dijo:

—Aquí te estarás, mi querida y respetuosa hija, hasta que ese hombre tan listo venga a casarse contigo. Muy listo ha de ser, si logra que su barco pase los nueve remolinos que dan vuelta alrededor de la isla y matar al dragón y al grifo. No tardará en venir, me figuro. Ya puedes dedicarte a bordar tu traje de novia. ¡Y que te diviertas, hija mia!

Y en su carro, conducido por vivas centellas, se remontó en los aires y desapareció, dejando a la pobre princesa con el grifo y el dragón en la isla de los nueve remolinos.

La reina, que se había quedado en casa, se pasó todo el día y toda la noche llorando, hasta que se acordó de la bruja y se decidió a llamarla. Acudió ella al punto, y la reina le contó cuanto ocurría.

—Por aquel medio centenar de besos que me diste, —dijo la hechicera,—voy a ayudarte. Pero es lo último que puedo hacer, y no es gran cosa. Tu hija está bajo el poder de un encantamiento y puedo llevarte a su lado; pero si hago tal tendrás que convertirte en piedra, y permanecer así hasta que tu hija se vea libre del encantamiento.

—Mil años me quedaría yo convertida en piedra,

si al fin de ellos pudiese ver de nuevo a mi hija,  
—exclamó la pobre reina.

Y la bruja se llevó a la pobre reina en un carro, tirado por vivos rayos de sol, que van más de prisa que cualquier otra cosa del mundo y corren mucho más que las centellas, y ¡hala que hala! llegaron a la torre solitaria que está en la isla de los nueve remolinos.

Encontraron a la princesa sentada en el suelo del más hermoso salón de la torre solitaria, llorando como si se le fuese a romper el corazón en el pecho, y el dragón y el grifo muy peripuestos y sentados uno a cada lado de ella.

—¡Ay, madre, madre, madre!—gritó, colgándose del cuello de la reina como si tratara de impedir que se fuese. Y cuando ambas hubieron llorado todo lo que les vino en gana, la hechicera les dijo:

—Aún puedo hacer una o dos cosillas más por vosotras. El tiempo no envejecerá a la princesa. Todos los días serán para ella como uno sólo hasta que llegue su libertador, y nosotras, reina querida, nos sentaremos a la puerta de la torre y nos convertiremos en piedra. Al hacerlo así por vosotras, pierdo todas mis facultades de hechicera, y en cuanto haya dicho el conjuro que ha de convertirte en piedra, yo también me convertiré en



piedra contigo, y si alguna vez dejamos de serlo, yo no seré ya una bruja, sino tan sólo una viejecita dichosa.

Besáronse las tres, repetidas veces, y pronto a cada lado de la puerta hubo una estatua de mujer. Una de ellas tenía sobre la frente una corona de piedra y un cetro de piedra en la mano. La otra sostenía una tablilla de piedra, en la que había unos signos que ni el grifo ni el dragón pudieron leer, aunque ambos habían recibido una educación muy esmerada.

Y todos los días eran como uno sólo para la princesa, y ella pensaba que al siguiente su madre dejaría de ser estatua de piedra y la volvería a besar. Pero los años iban pasando lentamente...

Murió el rey malvado, otro le sucedió en el trono y muchas cosas cambiaron en el mundo; pero no cambió la isla, ni los nueve remolinos, ni el grifo, ni el dragón, ni las dos mujeres de piedra.

Y entretanto, desde el día fatal, iba acercándose, acercándose, acercándose cada vez más el día de la liberación de la princesa; pero nadie lo veía venir, excepto ella, y para eso, en sueños únicamente. Fueron pasando los años, por lustros y por siglos, y aún seguían los nueve remolinos dando vueltas, rugiendo triunfalmente la historia de muchas naves que habían caído, en

sus vórtices, con algún príncipe que trataba de conquistar a la princesa y su dote. Y el mar sabía otras historias de otros príncipes que venían de muy lejos y, al ver los remolinos, moviendo prudentemente la cabeza, mandaban virar y se volvían directamente a sus hermosos, seguros y cómodos reinos.

Pero nadie contaba la historia del libertador que iba a llegar. Y los años seguían pasando...

---

Montones y montones de años transcurrieron, hasta que un día, cierto grumete llegó a alta mar con su tío, que era un experto patrón. Sabía el muchacho arrizar una vela, adujar una maroma y tener un barco de naríces contra el viento. Era tan buen chico, que más difícil nos sería hallar otro mejor que un mes todo de domingos. Tan bueno, que era digno de ser príncipe.

Y habéis de saber que existe Algo que tiene más sabiduría que el mundo entero y conoce cuando hay una persona que es digna de ser príncipe. Ese Algo, viniendo de los remotos lugares de la quinta esfera, se puso a cuchichear al oído del muchacho. Oyóle el chico, aunque sin saber que le estaba oyendo, y se puso

a mirar a lo lejos por encima del mar sombrío, en que galopaban blancos corceles de espuma, y allá muy lejos, muy lejos, vió una lucecilla y preguntó a su tío el patrón:

—¿Qué luz es aquella?

—Por lo que más quieras, Nicasio, guárdate de navegar hasta aquella luz. Casi ninguna carta la menciona, pero está señalada en la vieja carta que me sirve para gobernar, que fué de mi padre antes de ser mía, y de mi abuelo antes de ser de mi padre. Es la luz que brilla en la Torre Solitaria, entre los Nueve Remolinos. Y cuando el padre de mi padre era un chico, oyó decir a un hombre muy viejo, tercer tatarabuelo suyo, que en aquella torre, una princesa más bonita que el sol espera a quien la liberte. Pero no hay liberación posible; de modo, que nunca hagas rumbo a ese lado, y no vuelvas a pensar en la princesa, porque todo eso son historias. Lo único verdadero son los Nueve Remolinos.

Claro está que desde aquel día Nicasio no volvió a pensar en otra cosa, y navegando de aquí para allá por los mares lejanos, veía de tiempo en tiempo la luz que brillaba por encima de las olas, entre el hervor salvaje de los nueve remolinos. Y una noche, cuando el barco estaba al ancla y el patrón dormido en su

litera, Nicasio echó al agua el bote y enfiló hacia la luz, por el mar oscuro. No se atrevió a ir muy lejos hasta que la luz del día no le mostrara claramente dónde estaban a punto fijo los remolinos de que había de guardarse.

Pero, en cuanto el alba lució, pudo ver la torre solitaria recortarse sobre el cielo encendido y sonrosado del amanecer, y alrededor de su base, el tétrico hervor de las aguas negras, cuyo terrible rugido llegaba hasta él. Quedóse, pues, indeciso, todo aquel día y los seis días siguientes. Y cuando hubo pasado siete días en observación, se encontró con que algo sabía. Bien seguros podéis estar de saber algo, si os pasáis siete días enteros dándole vueltas en la cabeza, aunque se trate de la primera declinación latina, de la tabla de multiplicar por nueve o de las fechas de los reyes godos.

Hé aquí lo que supo: que durante cinco minutos, de los mil cuatrocientos que formaban un día, los remolinos se calmaban al bajar la marea, dejando en seco la arena amarilla. Esto pasaba todos los días; pero cada día tenía lugar cinco minutos antes que el día anterior. Todo ello lo comprobó gracias al cronómetro del barco, que había tenido buen cuidado de llevarse consigo.

Así, pues, el octavo día, a las doce menos cinco, Nicasio estaba pronto, y cuando paró de súbito el girar de los remolinos y la marea tiró del agua, dejando la arena como un barreño que tuviese un agujero en el fondo, remó, hizo encallar el barco y lo arrastró después sobre la arena amarilla. Lo llevó después a una caverna y se sentó a esperar.

A los cinco minutos y un segundo después de la doce, los remolinos aparecieron otra vez, negros e hirvientes; Nicasio se asomó a la entrada de la caverna, y sobre una roca que dominaba el mar, vió a una princesa bonita como un sol, con cabellos de oro y túnica verde, y se fué hacia ella.

—He venido a salvaros,—le dijo;—¡qué hermosa y amable sois!

—Vos sí que sois bueno y listo y amable,—dijo la princesa, sonriendo y tendiéndole las manos.

Puso él un beso en cada una antes de soltarlas y dijo:

—En cuanto vuelva a bajar la marea os sacaré de aquí en mi bote.

—Pero, ¿qué vamos a hacer con el dragón y con el grifo?—preguntó la princesa.

—¡Válgame Dios!—exclamó Nicasio,—¡y yo

que no sabía ni que existiesen! Pues . . . me figuro que tendré que matarlos.

—¡Qué tonto es este chico!—dijo la princesa, echándose de persona mayor, aunque, a pesar de haber estado en la isla quién sabe cuántos años, no tenía mas que dieciocho, ni parecía tener más.—Si no tenéis espada, ni escudo, ni cosa que lo valga.

—Vamos a ver, ¿no duermen esos animales?

—Ya lo creo, pero sólo cada veinticuatro horas, y entonces el dragón se convierte en piedra; pero el grifo tiene ensueños. El grifo duerme todos los días, a la hora de merendar, y el dragón duerme cinco minutos cada día, y cada día se queda dormido tres minutos después que el día anterior.

—¿A qué hora duerme hoy?—preguntó Nicasio.

—A las once.

—¡Ah!—dijo Nicasio.—¿Sabéis echar cuentas?

—No,—dijo la princesa tristemente;—nunca he tenido disposición para ello.

—Pues yo lo haré,—replicó Nicasio.—Yo sé de cuentas, pero son tan pesadas, que me ponen de mal-humor; me cuestan días y días de trabajo.

—Pues no empecéis aún; bastante tiempo os que-

dará para ponerlos de malhumor, cuando yo me haya ido. Contadme cosas.

Y él le contó todo lo que había hecho en su vida, y ella a él los acontecimientos de la suya.

—Sé que he estado aquí mucho tiempo,—dijo ella,—pero no sé en qué tiempos estamos. Estoy muy ocupada bordando en sedas unas flores, en mi traje de novia, de hilo de oro. El grifo me arregla la casa. Tiene unas alas tan apropósito para barrer y quitar el polvo! El dragón se encarga de la cocina; como tiene fuego en las entrañas, no le cuesta trabajo. Y aunque yo no sé cuánto tiempo ha pasado, estoy segura de que se acerca el día de mi boda, porque a mi vestido de oro no le falta más que una margarita blanca en una manga y una azucena en el pecho para estar listo.

Oyeron entonces por las rocas que tenían detrás un ruido seco y un resoplido fuerte.

—Es el dragón,—dijo la princesa, levantándose apresurada.—Adiós, sed bueno, y que os salgan bien las cuentas.—Y echó a correr, dejándole sólo con su aritmética.

El problema era éste: Si los remolinos se paran una vez cada veinticuatro horas, al bajar la marea, y cada día cinco minutos antes que el anterior, ¿dentro

de cuántos días y a qué hora bajará la marea tres minutos antes de que el dragón se quede dormido?

La operación, como véis, era sencillísima: vosotros la podríais hacer en medio minuto, porque habéis ido al colegio y os habéis tomado el trabajo de estudiar. Pero al pobre Nicasio no le ocurría lo mismo. Sentóse a hacer números con un guijarro en una piedra blanda; intentó sacarlo por multiplicaciones y por regla de tres. Probó por decimales y por interés compuesto. Vió si se podía sacar por la raíz cuadrada o por la cúbica, tanteó por suma simple o compuesta, y probó a servirse de fracciones vulgares; pero todo era inútil. Quiso luego resolver el problema por álgebra valiéndose de ecuaciones de primero y segundo grado; por trigonometría, por logaritmos y por secciones cónicas. Siempre sacaba una solución, es verdad, pero cada vez era distinta y no podía estar cierto de cuál era la exacta.

Ya empezaba a comprender que es mucho más importante resolver problemas que hacer otra cosa cualquiera, cuando la princesa volvió, a tiempo que oscurecía.

—¿Cómo? ¿Siete horas os habéis pasado con el problema, y aún no está resuelto? Pues mirad lo que

está escrito en esta tablilla que tiene una de las estatuas colocadas a la puerta de la torre. Hay unos signos que acaso indican la solución.—Y le tendió una blanca y gruesa hoja de magnolia, en la que los había trazado con la punta del alfiler de su broche de perlas, y a medida que iba escribiendo, los signos se habían ennegrecido, como ocurre cuando se escribe en la hoja de la magnolia. Nicasio leyó lo siguiente:

Cada nueve días

M. 11. 24

D. 11. 27

P. S.—Y el grifo es artificial. B.

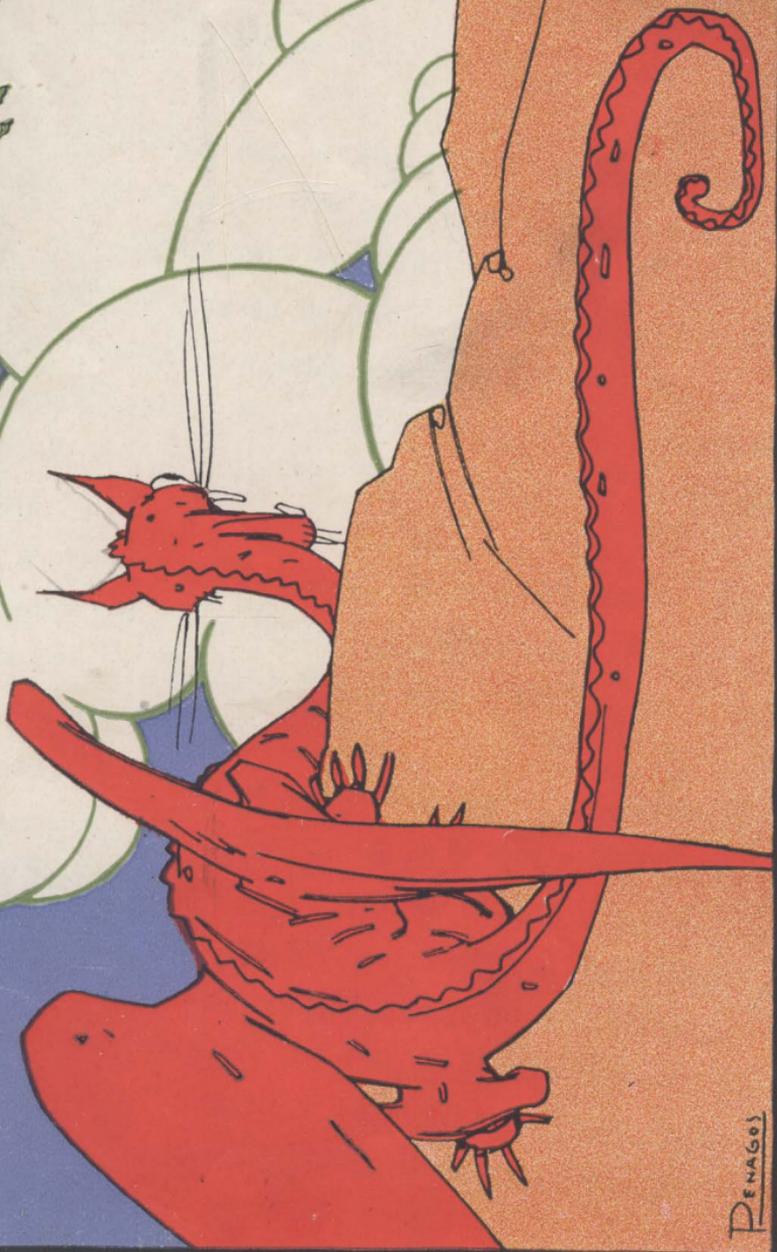
El muchacho palmoteó de gusto.

—Querida princesa,—gritó,—ésta es la solución. Ya véis que aquí pone una B., pero voy a hacer la prueba. Y apresuradamente volvió a resolver el problema por decimales, ecuaciones y secciones cónicas y todas las reglas que pudo recordar, y siempre llegó al mismo resultado.

—Pues ahora tenemos que esperar,—dijo.

Y esperaron.

Cada día, la princesa iba a ver a Nicasio y le llevaba algo de comer de lo que guisaba el dragón, y él vivía en la caverna, hablando con ella, cuando



M  
E  
la  
grito  
sen e  
mensa

PENAGO

le  
y  
lo

estaba a su lado, y pensando en ella cuando no lo estaba.

Y los dos eran tan venturosos como el más largo día de todo el verano. Por fin llegó el día. Nicasio y la princesa combinaron su plan.

—¿Estáis segura de que el dragón no ha de haceros daño, tesoro mío?—preguntó Nicasio.

—Completamente segura,—dijo la princesa.— Sólo quisiera estarlo igualmente de que no os lo ha de hacer a vos.

—Princesa mía, tenemos de nuestra parte dos fuerzas poderosas: ¡la fuerza del Amor: y la fuerza de la Aritmética! Más poder tienen entre las dos que todo el resto del mundo.

Cuando la marea empezó a bajar, Nicasio y la princesa corrieron por la arena de la playa, y allí, a la vista de la terraza, desde la cual vigilaba el dragón, Nicasio tomó entre sus brazos a la princesa y la besó. El grifo estaba muy ocupado en barrer las escaleras de la Torre Solitaria, pero el dragón, al verlos, lanzó un grito de rabia, que fué como si veinte locomotoras dejasen escapar a un tiempo sus voces de vapor, en una inmensa estación de ferrocarril.

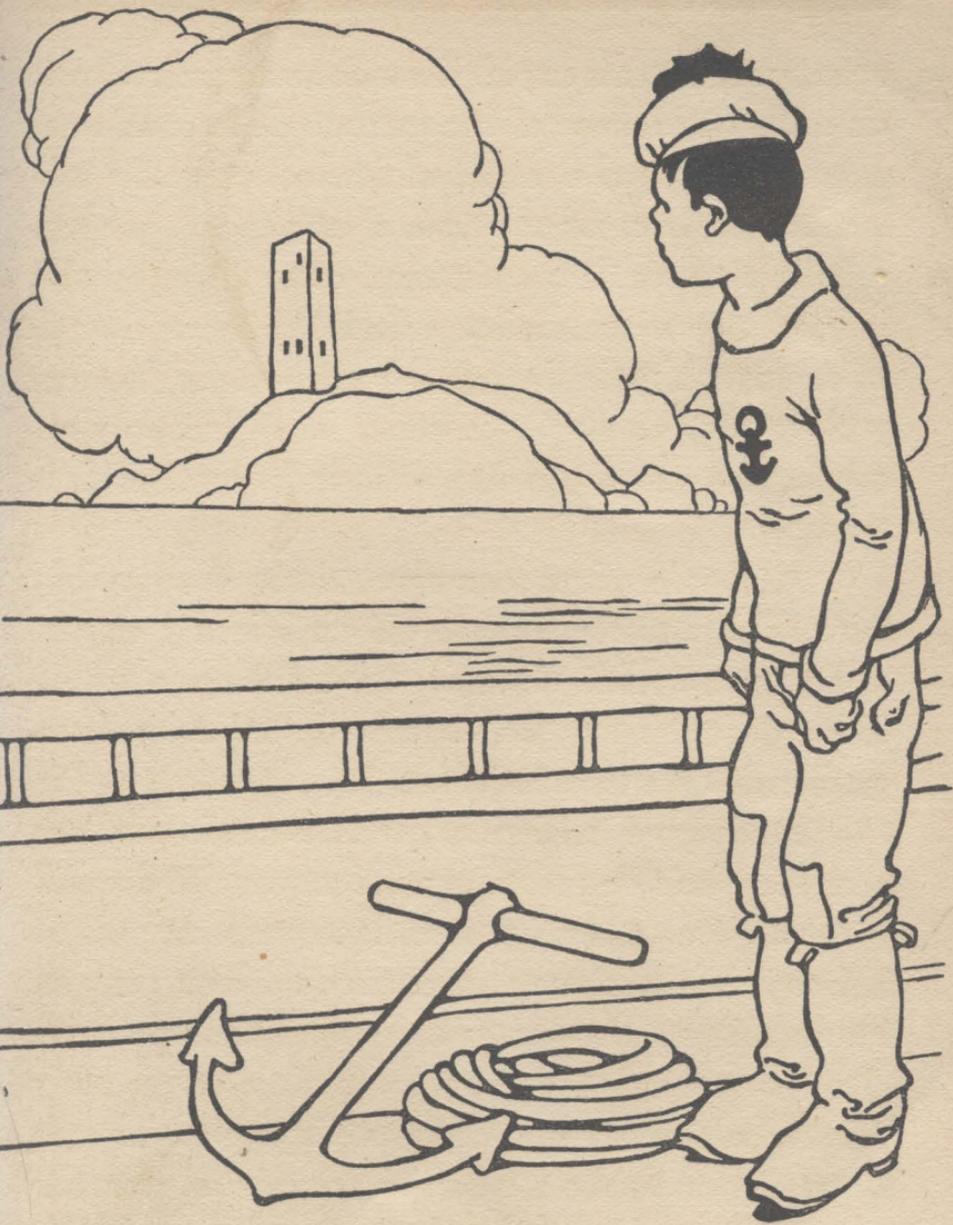
Los dos enamorados miraban al dragón, que

tenía un aspecto terrible: blanca la cabeza por los años, y tan crecidas las barbas, que al andar se le iban enredando entre las garras. Las alas, blancas todas por la sal que había ido despositando en ellas el aire marino. Su cola era larga y estrecha, articulada y blanca, provista de patas menudas innumerables, de modo que parecía un interminable gusano de seda, de grueso calibre. Sus garras eran largas, como las lecciones que hay que estudiar, y agudas como bayonetas.

—Hasta luégo, princesa,—gritó Nicasio, echando a correr por la arena amarilla hacia el mar, con el extremo de una cuerda atado a uno de sus brazos.

Iba trepando el dragón hasta lo alto de la roca, y un momento después, se arrastraba enroscándose y estirándose por la playa, detrás de Nicasio, abriendo con sus enormes patas agujeros en la arena y dejando con la extremidad de su cola, en la que ya no tenía patas, un surco como el que va dejando un bote cuando se le saca del mar; echaba fuego por la boca. Hasta que la arena húmeda empezó a dar chasquidos y los charcos que habían quedado entre las rocas se convirtieron en nubecillas de vapor. Y Nicasio seguía corriendo y el dragón tras él.

Nada podía ver la princesa, a causa del vapor de



agua, y se mantenía en pie, llorando amargamente, pero sin soltar de la mano el otro extremo de la cuerda que el grumete llevaba atada al brazo, según lo convenido. En la otra mano tenía el cronómetro, que consultaba a través de sus lágrimas, como él se lo había indicado, para que supiese cuándo tenía que tirar de la cuerda. Y Nicasio seguía corriendo por la arena y el dragón tras él. Y la marea había bajado y pequeñas olas soñolientas iban a lamer los confines de la arena.

Al borde mismo del agua, detúvose Nicasio y miró hacia atrás; el dragón dió un brinco y empezó a lanzar un aullido de rabia, tan fuerte como los silbidos de todas las locomotoras de todos los ferrocarriles de toda España juntos.

Pero aquel aullido se quedó a medio terminar, porque conoció de pronto que iba a quedarse dormido y se volvió a toda prisa hacia la tierra seca, pues no hay seguridad ninguna para el que se duerme cerca de los remolinos. Pero antes de que llegase a la costa, el sueño se apoderó de él y lo convirtió en piedra, y Nicasio, al verlo, corrió hacia la playa para salvarse. La marea empezaba a subir; se acercaba el momento en que los remolinos, calmados, empezaban a girar de

nuevo, y él corría y braceaba y nadaba, y la princesa tiraba de la cuerda que tenía en las manos, para que no pereciese, y le atrajo hasta la cima seca de un peñasco, precisamente en el momento en que el mar crecía y encerraba una vez más la isla entera en el ceñidor de los nueve remolinos.

Como el dragón se había quedado dormido junto a uno de ellos, cuando despertó de su sueño se vió arrastrado, y aquel fué su fin.

—Ahora sólo nos queda el grifo,—dijo Nicasio.—Y la princesa asintió.—Eso es; sólo el grifo,—y, dando un beso a Nicasio, se volvió a bordar el último pétalo de la última azucena de su vestido de boda; y pensando, pensando en aquello que estaba escrito en la piedra, de que el grifo era artificial, al otro día dijo a Nicasio:

—Ya sabéis que un grifo es medio león y medio águila, y que cuando las otras dos mitades se unen, forman el leógrifo. Pero yo no lo he visto nunca. Sin embargo, tengo una idea.

Le comunicó la idea que tenía y entre los dos acordaron lo que tenían que hacer. Y cuando aquella tarde, a la hora de merendar, el grifo se quedó dor-

mido, Nicasio se acercó a él de puntillas y le pisó la cola, al mismo tiempo que la princesa gritaba:

—¡Cuidado! ¡hay un león detrás de tí!

Y el grifo, despertándose sobresaltado de sus ensueños, volvió rápidamente el cuello para buscar el león, vió detras unas ancas de león y clavó en ellas su pico de águila. Porque el rey encantador había hecho artificialmente aquel grifo, cuyas dos mitades nunca habían llegado a acostumbrarse la una a la otra. De modo, que la mitad águila del grifo, que aún estaba medio dormida, creyó que se estaba peleando con un león, y la mitad león, que estaba dormida a medias, creyó que un águila le acometía, y el grifo entero, en su profunda modorra, no tuvo tranquilidad para unir las cosas y acordarse de cómo había sido hecho. Así, pues, el grifo siguió dando vueltas, y una mitad de él peleándose con la otra, hasta que la mitad águila acabó a picotazos con la mitad león y la mitad león destrozó con sus garras a la mitad águila y le causó la muerte. Y así acabó el grifo, que era medio león y medio aguil.

—¡Pobre grifo!—exclamó la princesa.—¡Tan bueno como era, y tan bien como me arreglaba la casa! Siempre le quise más que al dragón. No tenía un carácter tan fogoso.

En aquel momento, un suave crujir de seda se oyó a espaldas de la princesa, y apareció su madre, la reina, que en cuanto el grifo estuvo muerto había dejado de ser estatua de piedra y corría, presurosa, a estrechar a su hija en sus brazos.

La hechicera bajaba trabajosamente de su pedestal; se le habían entumecido un poco las piernas, con tan larga quietud.

Cuando hubieron hablado de todo, la hechicera dijo:

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer con los remolinos?

Nicasio contestó que no lo sabía, y la hechicera siguió diciendo:

—Yo ya no soy bruja, sino una pobre viejecita feliz; pero todavía sé algunas cosas. Esos remolinos fueron hechos por el rey encantador, que echó en el mar nueve gotas de su sangre. Y tan mala sangre tenía, que el mar ha estado desde entonces tratando de deshacerse de ella, y así se formaron los remolinos. Ahora, lo único que hay que hacer es salir en cuanto baje la marea...

Dióse por enterado Nicasio, y cuando empezó a bajar la marea, salió al mar y encontró en el hoyo que

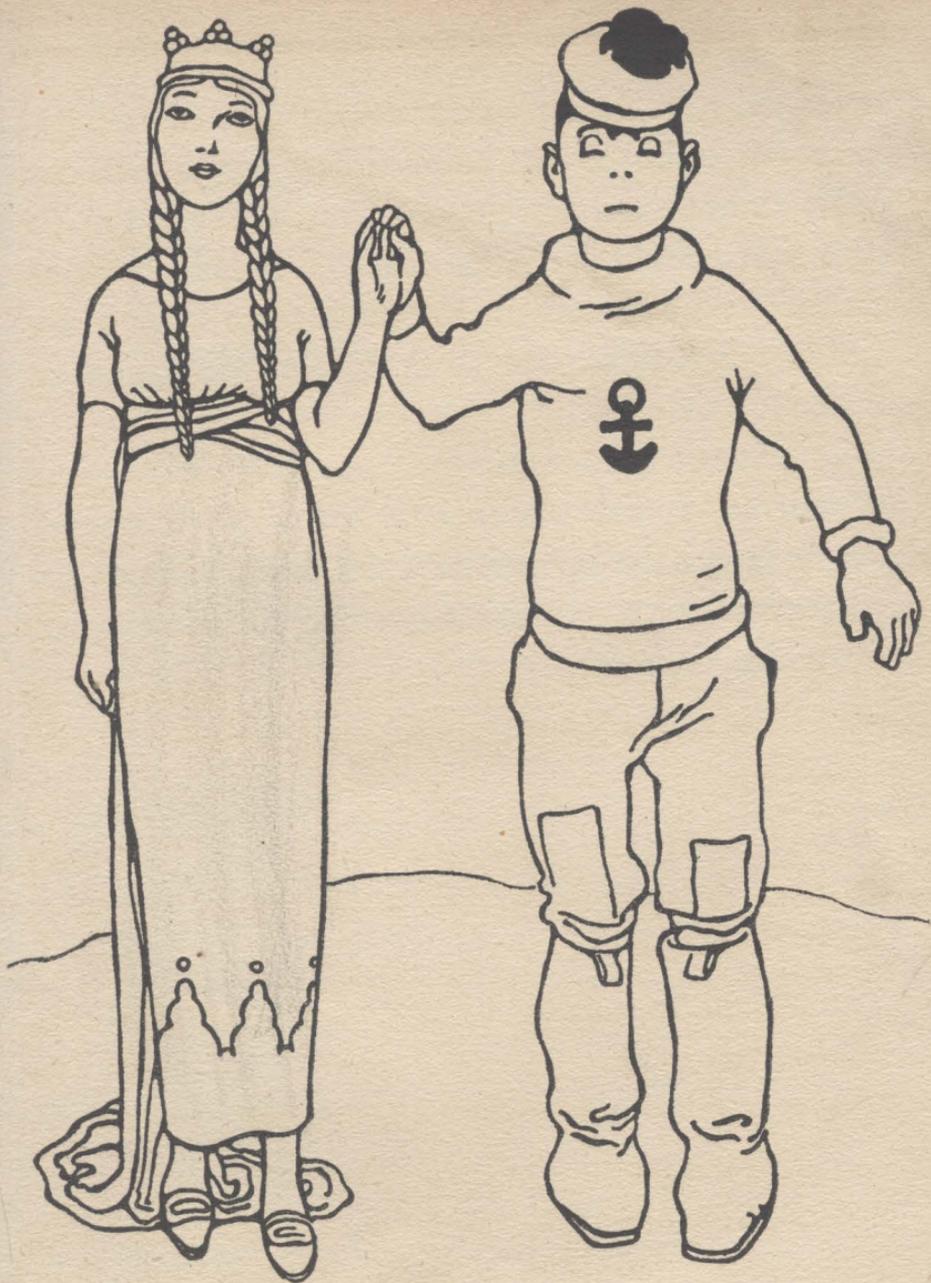
en la arena había dejado el primer remolino un gran rubí rojo. Era la primera gota de sangre del rey malvado. Al otro día, Nicasio recogió otro rubí, y otro al siguiente, y así durante nueve días, al cabo de los cuales el mar se quedó tan terso como un cristal.

Los nueve rubíes se emplearon después para la agricultura. No había más que echar uno de ellos en el campo que se quisiera arar y toda la superficie de él se revolvía, ansiosa de desprenderse de aquella sangre malvada. Y al día siguiente, todo el campo aparecía tan trabajado como si hubiesen estado arando en él los más concienzudos labradores. Después de todo, algo bueno había de hacer, a pesar suyo, el perverso monarca.

Como el mar estaba tranquilo, muchas naves llegaron de muy lejos, con gente deseosa de oír el maravilloso relato.

Mandaron edificar un palacio magnífico, se casó Nicasio con la princesa, que llevaba su vestido de oro, y todos vivieron felices durante muchísimo tiempo.

Todavía existe el dragón, convertido en piedra, tendido sobre la arena cuando el mar baja; los niños juegan alrededor de él y se le suben encima. Los



restos del grifo fueron enterrados en el jardín del palacio, por lo bueno que había sido y por lo bien que había cuidado del arreglo de la casa. No era culpa suya si le habían hecho tan mal y si le habían encargado de una comisión tan mezquina como la de custodiar a una dama para tenerla lejos de quien se enamorase de ella.

No dudo que tendréis gusto en saber de qué vivía la princesa durante todos aquellos años en que el dragón le guisaba la comida. Pues, hijos, vivía de sus rentas, cosa que a muchísima gente le gustaría estar en disposición de hacer.



*EL BESTIARIO*





Aconteció que estaba edificando un palacio cuando llegaron las noticias, y dejó todas las piezas amontonadas en el suelo para que el aya las recogiese, porque las noticias eran de verdadero interés. Veréis: llamaban con el aldabón a la puerta principal, se oían voces en la escalera y creyó que era el hombre que venía a arreglar el gas, que no lucía desde que una tarde se lo ocurrió a Daniel hacerse un columpio atando su comba a la repisa del contador.

Pero en seguida entró el aya súbitamente y dijo:

—Señorito Daniel, hijo mío, aquí vienen a buscaros para que seáis rey.

Le mudó a toda prisa de delantal, le lavó la cara y las manos, le atusó el pelo, y mientras aquello duró, Daniel estuvo forcejeando para escabullirse, diciendo: —¡No, aya, no! ¡Si tengo las orejas limpias!...—o: —¡Déjame el pelo, ya está bien!...—o:—¡Basta, basta!

El aya repetía:—Vas a parecer un marranito, y no un rey.

El aya soltó un momento a Daniel, que se escapó sin esperar a que le diesen un pañuelo limpio, y en la sala se encontró con dos caballeros de muy respetable presencia, con trajes rojos adornados de pieles, y coronitas de oro alrededor de los birretes puntiagudos, que se levantaban sobre su cabeza como el copete de un helado de fresa.

Inclináronse al ver a Daniel, y el más solemne de los dos, dijo:

—Señor, vuestro tercer tatarabuelo, rey de esta comarca, ha fallecido, y habéis sido llamado a ocupar el trono.

—Perfectamente, señor mío,—contestó Daniel; —y ¿cuándo hay que empezar?



—La coronación ha de ser esta tarde, contestó el caballero que no parecía tan solemne como el otro.

—¿Me dejaréis que lleve al aya? ¿Cuánto tiempo tendré para que me vistan? ¿No será mejor que me pongan el traje de terciopelo con cuello de encaje?

—dijo Daniel, que había salido algunas veces a tomar el té fuera de casa.

—El aya será conducida a Palacio más adelante. No hace falta que se ponga Vuestra Majestad otro vestido: las regias vestiduras caerán bien encima de estas.

Los dos respetables caballeros condujéronle a un coche, tirado por ocho caballos blancos, que estaba a la puerta de la casa donde Daniel vivía. Era el número 7, a mano izquierda de la calle, según se sube.

Corrió Daniel escaleras arriba en el momento de salir, besó a su aya y dijo:

—Gracias por haberme lavado. Siento no haber permitido que me limpiases la otra oreja. ¡No, ahora ya no hay tiempo! ¡Adiós, aya!

—¡Adiós, niño mío!—contestó el aya.—¡Que Dios os haga un rey bueno! Decid siempre: «Hacedme el favor», y «Gracias», y no os olvidéis de servir antes los pasteles a las señoritas, ni dejéis que os ayuden más de dos personas para nada.

Con esto se puso Daniel en marcha para que le coronasen rey.

Nunca había esperado serlo más de lo que vosotros lo hayáis podido esperar; de modo que aquello era cosa enteramente nueva para él, tan nueva que ni siquiera se le había pasado por la cabeza, y cuando el coche iba cruzando la población, tuvo que morderse la lengua para estar bien seguro de que era verdad, porque si el mordisco era verdad, bastaría para demostrarle que no estaba soñando. Media hora antes, se



encontraba en la habitación del aya, haciendo construcciones con trocitos de piedra; ahora veía todas las calles empavesadas y llenas de colgaduras, los balcones atestados de gente que agitaba los pañuelos y echaba flores; a lo largo de las aceras, rojos soldados, y todas las campanas de la población repicando como locas, y

como si a la música de su repiqueteo se uniese una sonora canción, la gente gritaba: «¡Viva Daniel! ¡Viva nuestro rey niño!»

Algo sentía no haberse dejado poner sus mejores vestidos, pero pronto se le pasó aquel sentimiento. Si hubiera sido una niña, no se le hubiese pasado tan fácilmente.

Conforme avanzaban, los dos graves caballeros, que eran el canciller y el primer ministro le explicaron cosas que no entendía.

—Creí que estábamos en una República,—dijo Daniel.—Estoy cierto de que hemos pasado sin rey una temporada.

—Señor, la muerte de vuestro tercer tatarabuelo ocurrió cuando mi abuelo era niño,—contestó el primer ministro,—y desde entonces, vuestros leales súbditos han estado ahorrando para compraros una corona, a tanto cada semana, ya sabéis, según los medios de cada cuál: seis perras grandes por semana los que disfrutan de caudal suficiente, y una perra chica los que no tienen tanto. Y sabéis que la costumbre es que el pueblo costee la corona.

—Pero, mi tercer tatarabuelo, o el que fué, ¿no tenía corona?

—Sí, pero la mandó hacer de hoja de lata, para no caer en pecado de ostentación, e hizo que le quitaran todas las piedras, que vendió para comprar libros. Era un hombre muy raro, buenísimo como rey, pero con sus defectillos, y tenía gran afición a los libros. Casi al punto de exhalar el último aliento, se mandó hacer una corona de hoja de lata y murió sin haber podido pagar la cuenta del hojalatero.

El primer ministro se enjugó una lágrima al decir esto, y en aquel preciso instante, el coche se paró y sacaron a Daniel para coronarle.

La coronación es una ceremonia mucho más pesada de lo que podéis imaginar, y mientras se terminaba y Daniel tuvo puestas las regias vestiduras durante una hora o dos, dió a besar la mano a todo el que tenía interés en buscársela, se aburrió de firme y sólo estuvo contento cuando pudo hallarse en sus habitaciones de Palacio.

Allí estaba ya el aya, y el té a punto de servirse: tartas de bizcocho y de frutas, jamón y tostaditas con manteca; porcelana lindísima, con flores doradas y azules sobre fondo blanco; buen té y todas las tazas que uno quisiera beber. Luego de haberlo tomado, Daniel dijo:

—Me gustaría ver un libro. ¿Quieres darme uno, aya?

—¡Vaya con el niño!—exclamó el aya.—¿Os figuráis que por ser rey, habéis perdido el uso de las piernas? Levantáos e id a cogerlo, si os place.

Y Daniel entró en la biblioteca. Allí estaban el canciller y el primer ministro, y cuando el niño entró, ambos le hicieron una profunda reverencia y le preguntaron con toda cortesía si había algo en la tierra que le molestase. Daniel, sin responderles, se puso a gritar:

—¡Ay, qué cantidad de libros! ¿Son de ustedes?

—Son vuestros, majestad,—contestó el canciller;—pertenecieron al difunto rey, vuestro tata...

—Sí,—interrumpió Daniel, sin dejarle seguir.

—Como rey, era buenísimo; sí, un excelente rey en su género, de primer orden, pero un poquito... vamos, un poco raro.

—¿Chiflado?—preguntó Daniel, muy divertido.

—No, no,—contestaron ambos magnates, un poco escandalizados;—chiflado, no; pero, si se nos permite la expresión, era... quizá demasiado inteligente. Y no me gustaría que nuestro nuevo reyecito tuviese nada que ver con tales librotos.

Daniel estaba perplejo.

—Lo cierto es,—intervino el canciller, mesándose con muestras de agitación la roja barba,—lo cierto es que a vuestro tata...

—Seguid,—interrumpió Daniel.

—...se le llamaba brujo.

—Pero, ¿no lo era?

—Cierto que no; era un dñisimo rey, vuestro tata...

—Bueno.

—Pero yo no me atrevería a andar en sus libros.

—Aquí hay uno,—gritó el niño, poniendo ambas manos en un gran libro oscuro, que estaba sobre la mesa de consulta. Ostentaba planchas de oro sobre la



piel oscura, broches de oro con turquesas y rubíes en los engarces, y cantoneras de oro, para que la piel no se gastase fácilmente.

—Quiero ver éste,—dijo Daniel, que había leído en el lomo, escrito en gruesos caracteres, el título: «Bestiario o Libro de los animales.»

El canciller dijo:

—No os pongáis pesado, reyecito.

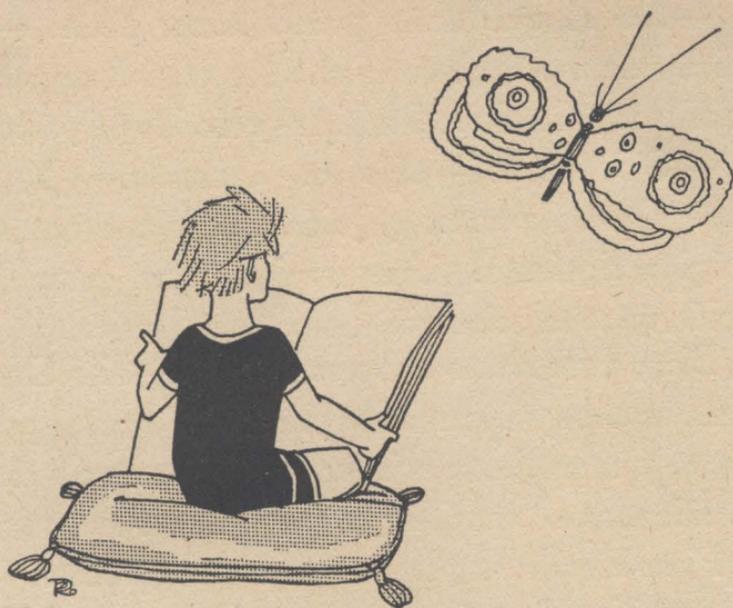
Pero éste había soltado los broches; abrió el libro por la primera página y allí veríais una lindísima mariposa, toda encarnada y de color de chocolate, tan bien pintada, que parecía como si estuviese viva.

—Mirad,—dijo Daniel;—¿no es encantadora? ¿Por qué?...

Pero mientras hablaba, la linda mariposa agitó sus alas multicolores sobre la amarillenta página del libro y echó á volar, saliéndose por la ventana.

—¡Bueno!—exclamó el primer ministro en cuanto pudo hablar, porque la maravilla le había hecho un nudo en la garganta, dejándole absorto.—Esto es cosa de magia, en verdad.

Antes de que hubiese concluído de hablar, el rey volvió la hoja siguiente, en la que había un pájaro cantor, con todas sus plumas azules, cada una de las cuales



era un preciosidad. Debajo se leía: «Pájaro azul del Paraíso»; y mientras el rey contemplaba encantado la deliciosa pintura, el pájaro azul agitó sus alas sobre la página amarillenta, y desplegándolas, se echó a volar, saliéndose del libro.

Entonces, el primer ministro se lo arrebató al rey, y lo cerró por la página blanca donde había estado el pájaro, poniéndolo en uno de los tableros de más arriba del estante. Y el canciller dió al rey un buen empellón, diciendo, muy irritado:

—Sois un reyezuelo estúpido y desobediente.

—No sé qué daño puedo haber hecho,—dijo Daniel. Le molestaban mucho los empellones, como a todos los muchachos. Hubiera preferido un pescozón.

—Qué daño?—dijo el canciller.—¿Y qué sabéis? De eso se trata. ¡Quién sabe lo que vendrá en la página siguiente! Una serpiente, un gusano, un cienpiés, un revolucionario, o cosa por el estilo.

Bien, pues siento haberos irritado,—dijo Daniel. Dadme un beso y hagamos las paces.—Y besó al primer ministro, y se pusieron a jugar muy contentos a cara o cruz, mientras el canciller se iba a sumar sus cuentas.

Pero cuando el pequeño rey estuvo acostado, no pudo conciliar el sueño, pensando siempre en el libro; y como la luna llena brillaba en todo su esplendor, se levantó y fué de puntillas a la biblioteca, encaramándose hasta coger el «Bestiario».

Se lo llevó a la terraza, en donde la luna daba una claridad como si fuese de día, abrió el libro y vió las páginas en blanco, donde sólo quedaban los letreos: «Mariaposa» y «Pájaro azul del Paraíso». Luégo volvió la hoja siguiente. Había en ella un bulto rojo, sentado bajo una palmera, y debajo estaba escrito: «Dragón». No se movió el dragón, y el rey cerró el libro con cierta prisa y se volvió a la cama.

Pero, al día siguiente, sintió de nuevo la necesidad de mirar otra vez el libro. Se lo llevó al jardín, y cuando saltó los broches de rubíes y turquesas, el libro se abrió sin esfuerzo por la lámina del «Dragón», y el sol dió de lleno en la página. Entonces, repentinamente, un gran dragón rojo se levantó del libro, tendió sus amplias alas de escarlata y salió volando por encima del jardín, hasta las colinas lejanas, dejando a Daniel con la hoja vacía delante de sus narices: porque había quedado vacía a excepción de la palmerita verde y el desierto amarillo, que seguían allí, y de unas manchitas rojas que el pincel había dejado al rebasar el contorno del dragón rojo.

Entonces se dió cuenta el curioso niño de lo que había hecho. No llevaba veinticuatro horas de reinado, y ya había dado suelta a un dragón rojo, que no dejaría de ser una amenaza para la vida de sus súbditos. ¡Y ellos que habían estado ahorrando durante tanto tiempo para comprarle una corona y todo lo demás!

Daniel se echó a llorar.

El canciller, el primer ministro y el aya acudieron a ver cuál era el motivo de su llanto, y en cuanto vieron



el libro abierto, cayeron en la cuenta. El canciller exclamó entonces:

—¡Reyezuelo estúpido! Llévoslo a la cama, aya, y dejadle sólo, para que piense en lo que ha hecho.

Entonces, Daniel, anegado en lágrimas, confesó:

—Es un dragón rojo, y se ha ido volando a las colinas. ¡Tengo una pena!... ¡Perdonadme!

Cosas más graves tenían que pensar el canciller y el primer ministro para entretenerse en lo del perdón. Corrieron a consultar con la policía y a ver qué era lo que se podía hacer. Cada cuál hizo lo que pudo. Formáronse juntas, pusieron centinelas, y otros fueron

espíar al dragón; pero éste se había quedado en las colinas y nada se podía intentar. Entre tanto, la fiel aya no descuidó el cumplimiento de su deber, y quizá se extremó en cumplirlo más de lo que cualquiera hubiese hecho, porque dió unos pescozones al rey, le acostó sin cenar, y cuando oscureció no quiso encenderle una vela para que leyese.

—Sois un reyezuelo imprudente,—dijo,—y nadie os va a querer.

Al día siguiente, el dragón permaneció tranquilo, y los súbditos más poéticos de Daniel pudieron contemplar su masa roja, que resplandecía entre los árboles verdes con toda claridad. Daniel se puso la corona, se sentó en el trono y dijo que necesitaba dictar algunas leyes.

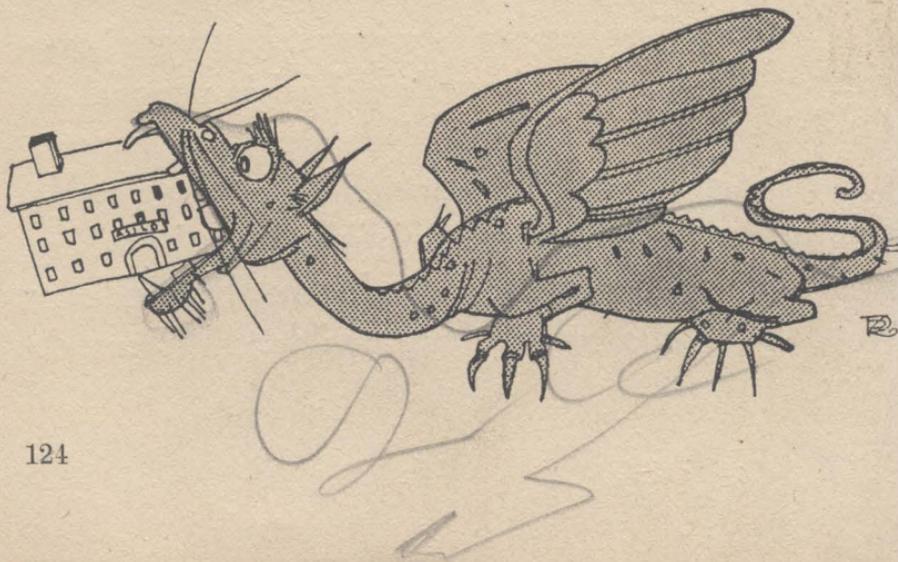
No será necesario afirmaros que, a pesar de la opinión nada lisonjera que el primer ministro y el canciller y el aya habían formado del juicio personal de Daniel, y a pesar de haberle dado algunos pescozones y enviado a la cama, en cuanto subió al trono con la corona puesta se le tuvo por infalible, lo cual significa que, dijera lo que dijera, se tendría por bien dicho y no habría en ello equivocación posible. Así, cuando dijo:

—Es ley que se prohíba a todo el mundo abrir un libro, ni en la escuela, ni en ninguna otra parte,— tuvo inmediatamente el apoyo de una mitad de sus súbditos, en tanto que la otra mitad (las personas mayores) buscaban razones para convencerse de que él la tenía.

Dictó luégo una ley, según la cual todos habían de tener siempre lo necesario para comer; y aquello les agradó a todos, excepto a los que habían tenido siempre demasiado.

Cuando se pusieron por escrito algunas otras leyes justas, volvió a Palacio y se dedicó a hacer casitas de tierra, sintiéndose totalmente feliz, y dijo a su aya:

—El pueblo me querrá, puesto que acabo de dictar para él una porción de leyes, todas muy bonitas.



Pero el aya le respondió entonces:

—No hay que hacerse ilusiones, hijo. Aún no hemos visto lo que va a pasar con el dragón.

Al día siguiente era sábado, y por la tarde, a primera hora, el dragón se alzó sobre las praderas comunales en toda su horrible rojez y barrió de ellas, tragándose los, a todos los jugadores de balompié: guardametas, árbitros, etc., con sus accesorios.

La gente del pueblo, muy angustiada, decía:

—Más hubiera valido que formásemos una República. Haber estado tanto tiempo ahorrando para comprarle una corona y todo lo demás!...—Y los hombres de juicio movían la cabeza, pronosticando la muerte de la afición nacional al deporte. Y, en efecto, el balompié comenzó a perder popularidad desde aquel sábado.

Daniel puso cuanto estaba de su parte para ser buen rey durante una semana, y el pueblo empezó a perdonar que hubiese dado suelta al dragón del libro. —Después de todo,—decían,—el balompié es un juego peligroso, y acaso conviene quitarle estímulo.

La opinión popular decidió que, como los jugadores de balompié eran gente áspera y testaruda, habrían desagradado de tal suerte al dragón, que éste

se los habría llevado á otra parte donde sólo pudiesen jugar a la gallina ciega o a juegos en que no se vuelva uno áspero y testarudo.

El sábado siguiente se reunió el Parlamento, después de comer, hora en que la mayor parte de sus miembros podía asistir a fin de discutir sobre el asunto del dragón. Mas, por desgracia, éste, que, como era sábado, había estado durmiendo, se despertó, reflexionó sobre el asunto del Parlamento, y poco después no quedaba un solo miembro del mismo: se los había engullido a todos.

Hubo que pensar en elegir nuevo Parlamento; pero como el pertenecer a la corporación había llegado a ser tan impopular como el juego del balompié, nadie consintió en ser elegido, y hubo que pasarse sin Parlamento. Cuando llegó el sábado siguiente, todos estaban muy nerviosos, pero el rojo dragón se quedó satisfecho aquel día con comerse un Asilo de Huérfanos.

Daniel se consideraba desgraciadísimo. Dábase cuenta de que su desobediencia era la causa de todo: a él se debía el duro trance por que habían pasado el Parlamento, el Asilo de Huérfanos y los jugadores de balompié. Comprendió cuál er su deber á intentó hacer algo. Pero, ¿qué iba a hacer él?

El pájaro azul que se había escapado del libro tenía costumbre de cantar en la rosaleta de Palacio, y la mariposa se había hecho tan mansa que iba a posarse en el hombro del niño rey cada vez que éste se paseaba entre los macizos de azucenas; de lo cual dedujo Daniel que no todos los seres del «Bestiario» debían de ser dañinos como el dragón, y pensó:

—¡Si yo diese con otro animal capaz de reñir con el dragón!...

Cogió, pues, el «Bestiario», se lo llevó a la rosaleta, y lo abrió por la hoja siguiente a aquella en que había estado el dragón; pero nada más que un poquito, para ver el nombre escrito en ella. Sólo pudo leer «cora», porque sintió que la hoja se levantaba con el esfuerzo del animal que trataba de salir, y tuvo que apretar mucho el libro y sentarse de golpe encima de él, para conseguir que se volviese a cerrar. Sujetó los broches de rubíes y turquesas, mandó buscar al canceller, que había estado enfermo el sábado anterior, razón por la cual no había sido devorado con los demás del Parlamento, y le dijo:

—¿Cuál es el animal que acaba en «cora»?

—La mantícora, no hay otro,—contestó el canceller.



—Y ¿qué es eso?—preguntó el rey.

—Es el enemigo jurado del dragón,—respondió el canciller.—Se bebe su sangre. Es amarillo, con cuerpo de león y faz humana. ¡Ojalá tuviésemos ahora por aquí algunas mantícoras pero la última por desgracia, murió hace miles de años.

Entonces el rey se fué corriendo a abrir el libro por la pagina donde había leído «cora», y allí estaba pintada la mantícora, toda de color amarillo, con cuerpo de león y cara de hombre, tal como había dicho el

*Handwritten signature or mark at the bottom of the page.*



canciller. Debajo estaba su nombre: «La Mantícora».

Pocos minutos después, la mantícora salía soñolienta del libro, frotándose los ojos con las manos y dando lastimeros maullidos.

Parecía un sér muy estúpido, y cuando Daniel, dándole un empujoncito, le ordenó:—Sal a pelear con el dragón anda,—metió el rabo entre las piernas y echó a correr más que deprisa. Corriendo, corriendo, se escondió en la Casa Consistorial, y por la noche, cuando la gente dormía, salió y se zampó todos los gatos de la ciudad, y después se puso a maullar aún

más fuerte. El sábado por la mañana, cuando la gente, un poco acobardada, no sabía si atreverse a salir, en vista de que el dragón no tenía hora fija, la mantícora recorrió las calles y se bebió toda la leche que había en los jarros de hojalata que había a la puerta de cada casa para el desayuno; también se tragó los jarros.

Cuando acababa de beberse el último, que estaba faltó, porque el lechero no tenía tranquilos los nervios cuando lo llenó, vióse venir calle abajo al dragón rojo, en busca de la mantícora. Hízose esta a un lado en cuanto lo vió venir, porque no era de la especie que lucha con el dragón, y, como no encontrara abierto otro edificio, el pobre animal, acosado, se refugió en la Central de Correos, y allí dió con él su adversario el dragón, cuando trataba de esconderse detrás de la valija de las diez. Lanzóse el dragón sobre la mantícora, y la valija no fué abrigo suficiente; sus maullidos se oyeron en toda la ciudad; todos los gatos y los cacharros de leche que la mantícora se había engullido, parecían reforzar el estruendo.

Reinó después un silencio de muerte, y las personas cuyas casas tenían vistas a aquellos lugares, vieron al dragón bajar la escalinata de la Central de

Correos, echando fuego y humo por boca y narices, mezclado con mechones de pelo de la mantícora y con trozos de cartas certificadas. Las cosas se iban poniendo muy serias. Por muy popular que se hiciese el rey entre semana, siempre había la seguridad de que el sábado vendría el dragón a dar al traste con la lealtad del pueblo.

El tal dragón lo interrumpía todo en absoluto los sábados, a no ser al mediodía: entonces no tenía más remedio que permanecer a la sombra de un árbol, porque, si no, con el calor de los rayos solares su cuerpo empezaba a arder.



Ya habéis visto que tomaba las cosas con bastante calor.

Llegó por fin un sábado en que el dragón no encontró nada más oportuno que meterse en las habitaciones reales y arrebatarse el caballo de cartón del propio rey. Se pasó éste seis días llorando, y al séptimo, tan cansado se encontró, que no tuvo más remedio que callarse. Entonces oyó cantar al pájaro azul en la rosaeda, vió volar á la mariposa entre los macizos de azucenas, y exclamó:

—¡Aya, ven a limpiarme los ojos! ¡Ya no lloro más!

El aya le lavó la cara y le dijo que no fuese un rey ridículo.

—De nada le sirve a uno llorar,—añadió.

—No sé,—contestó el rey niño.—Me parece que veo mejor y que sigo mejor, después de haberme pasado una semana llorando. Así, pues, aya querida, veo lo que me toca hacer. Dame un beso, por si no me ves más. Voy a tratar de salvar a mi pueblo.

—Bueno, tú verás cómo te las arreglas,—dijo el aya;—pero ten cuidado, no sea que te manches los vestidos o te mojes los pies.

Con lo cual, él se marchó de allí.

El pájaro azul cantó con más afinación que nunca, y las alas de la mariposa duplicaron su brillo cuando Daniel sacó una vez más el «Bestiario» a la rosaleta y lo abrió muy rápidamente para no tener tiempo de asustarse y mudar de opinión. Abrióse el libro hacia la mitad, aproximadamente, por una página al pie de la cual se leía: «El Hipógrifo», y antes de que Daniel tuviese tiempo de ver la estampa, oyó un rumor de grandes alas y un golpear de cascos y un relincho suave, leve, amistoso, y salió del libro un hermoso caballo blanco, con una crin muy larga, muy larga, y una cola blanca, muy larga, muy larga, y unas grandes alas como las de los cisnes, y los ojos más bonitos y cariñosos del mundo:

El hipógrifo quedóse quieto entre los rosales y acarició con su hocico, suave como la seda y blanco como la nata, el hombro del rey, y el rey pensó:— Si no fuera por las alas, ¡cómo te parecerías a mi pobre caballito de cartón, perdido para siempre!—Y el pájaro azul se puso a cantar en tono muy alto y dulcísimo.

Entonces, de repente, vió el rey venir por el cielo la figura enorme, extendida, colosal, del dragón rojo, y en un momento se le ocurrió lo que había de hacer.



Cogió el «Bestiario», saltó con él sobre el amable y hermoso hipógrifo, e inclinándose, murmuró junto a su aguzada oreja:

—¡Vuela, hipógrifo de mi alma, vuela con toda la rapidez de que seas capaz al desierto de los Guajarros!

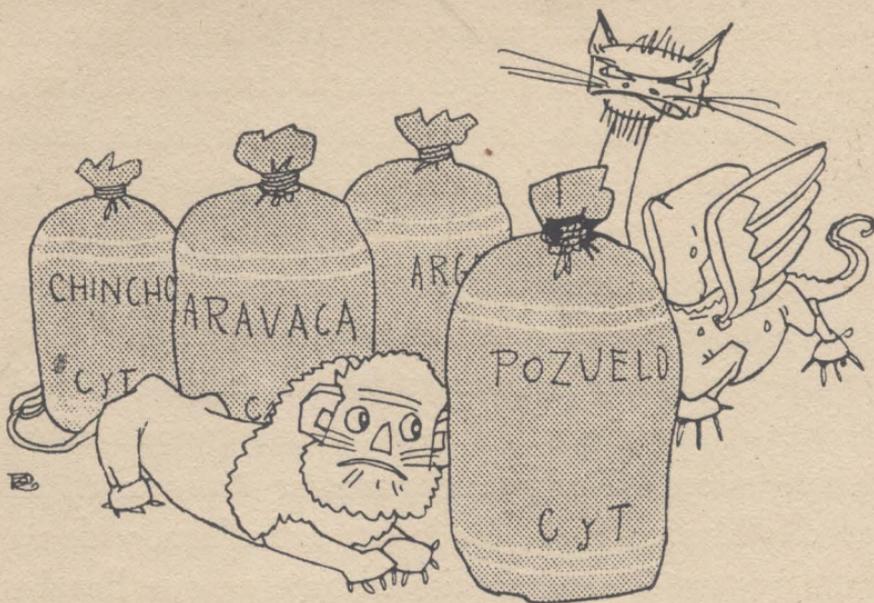
Y cuando el dragón los vió remontarse, dió la vuelta y se lanzó tras ellos, con sus amplias alas llameantes como nubes de ocaso; el hipógrifo abrió también sus alas, que eran de nieve, como las nubecillas al salir la luna.

Pero el dragón no pudo coger al hipógrifo. Las

alas rojas eran más gruesas que las blancas, pero no tan resistentes, por lo cual el caballo blanco voló, voló, voló cada vez más adelante con el dragón detrás, hasta que llegaron al centro mismo del desierto de los Guajaros.

Apeóse de un salto Daniel, cuando el hipógrifo estuvo en el centro mismo del desierto de los Guajaros, y, soltando los broches del «Bestiario», lo dejó abierto en el peñascal. Luego, dando traspiés sobre los pedruscos, en su prisa por montar otra vez en su caballo blanco, llegó adonde éste se hallaba, y de un salto se montó, en el preciso instante en que llegaba el dragón. Volaba éste con mucha fatiga, y no hacía más que mirar a un lado y a otro en busca de un árbol, porque estaban a punto de dar las doce, brillaba el sol como una onza de oro en el cielo azul y no se podía distinguir una rama en cien millas de contorno.

El caballo de blancas alas voló en derredor del dragón, que se retorció sobre los áridos pedruscos. Empezaba a sentir un ardor tremendo, y ya, por algunas partes, comenzaba su cuerpo a echar humo. Comprendió que, pasados muy pocos instantes, sería todo él una llama, a no ser que lograra refugiarse debajo de un árbol. Amenazó con sus rojas garras al rey



y al hipógrifo, muy lejos ya de su alcance, aunque no se atrevió a excitarse en demasía, temeroso de que el calor que iba sintiendo aumentase.

Entonces vió el «Bestiario» en medio del guijarral, abierto por la hoja que al pie tenía escrito: «El Dragón». Dirigió a ella los ojos, vaciló, volvió a mirar, y, al cabo, con una postrera contorsión de rabia, se enroscó en su lámina, colocándose bajo la palmera pintada y socarrando un poquito la hoja al posarse en ella.

En cuanto Daniel se dió cuenta de que el dragón

no había tenido más remedio que ir a tenderse bajo su palmera, único árbol que allí había, echó pie a tierra de un salto y cerró el libro de golpe.

—¡Bravo!—gritó.—¡Ahora sí que lo cogimos! Y aseguró el libro muy cuidadosamente con sus broches de turquesa y rubíes.

—¡Oh, precioso hipógrifo mío!—gritó.—Eres el más valiente, el más hermoso, el mejor!...

—¡Silencio!—murmuró el hipógrifo modestamente.—¿No ves que no estamos sólo?

Había, en efecto, una gran muchedumbre en el desierto de los Guijarros: el primer ministro y el Parlamento, los jugadores de balompié y el Asilo de Huérfanos, la mantícora y el caballo de cartón, es decir, todo lo que el dragón se había tragado. Comprenderéis que no era posible que el dragón se volviese al libro con todo aquello en el estómago: el sitio estaba muy bien medido, aun tratándose de un dragón, ¡y no tuvo más remedio que dejárselo todo fuera!

Todos se volvieron a sus casas, y fueron en adelante muy dichosos.

Cuando el rey preguntó a la mantícora dónde quería vivir, ella suplicó que le permitiese volver al libro:



—No me atrae la vida pública,—manifestó.

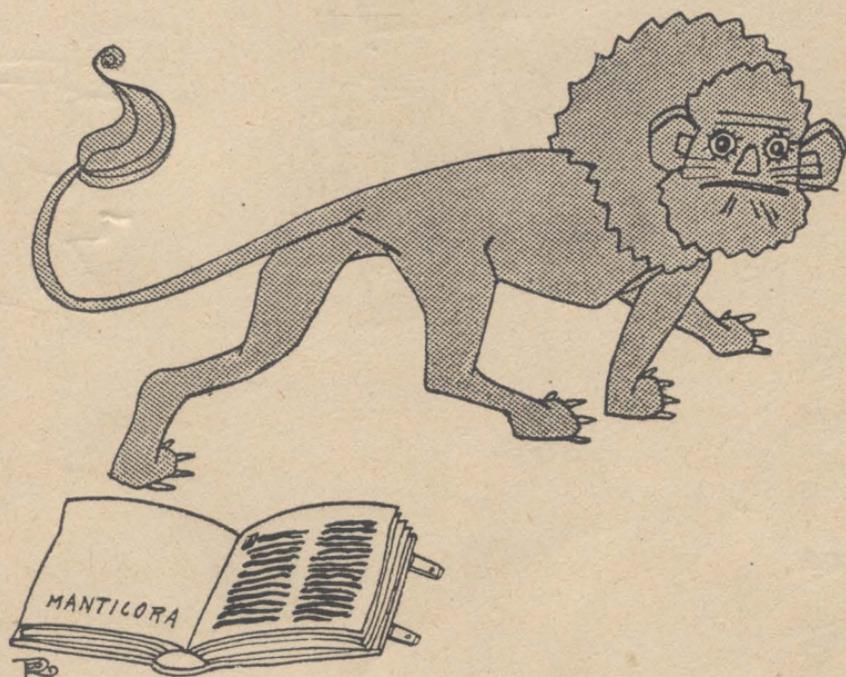
Sabía, además, tan perfectamente, dónde estaba la hoja que le correspondía, que no hubo peligro ninguno de abrir el libro por otra página, ni de que pudiera salir volando el dragón o un mónstruo por el estilo. Volvióse, pues, a su lámina, y no ha vuelto a salir: por eso no podréis encontrar una mantícora en toda vuestra vida, como no la veáis pintada. Y además, dejo fuera todos los gatos, porque no había sitio para ellos en el libro, y también todos los jarros de leche.

Entonces, el caballo de cartón pidió permiso para ocupar la hoja del «Bestiario» que correspondía al hipógrifo.

—Me gustará mucho—advirtió—seguir viviendo en un lugar de dónde no pueda venir un dragón a arrancarme.

El hermoso hipógrifo de blancas alas le indicó el lugar del libro en donde debía acomodarse, y allí se estuvo hasta que el rey fué a sacarle para que su tercer tatáranieto jugase con él.

El hipógrifo, por su parte, aceptó el puesto de caballo de cartón regio, que había quedado vacante por



el pase a la reserva del otro. Y el pájaro azul y la mariposa todavía siguen cantando y revoloteando entre las azucenas y los rosales de los jardines de Palacio.





*EL DRAGÓN FORASTERO*





La princesa y el chico del jardinero estaban jugando junto a la cerca, detrás del jardín.

—¿Qué harás cuando seas mayor, princesa?— preguntó el chico del jardinero.

—Casarme contigo, Tomás,—contestó la princesa.—¿No habías pensado en ello?

—No,—replicó el chico del jardinero.—No lo había pensado. Me casaré contigo, si quieres... y si tengo tiempo.

Porque el chico del jardinero se proponía, en cuanto fuese mayor, ser general, poeta, presidente del Consejo de Ministros, almirante, ingeniero de caminos... En la escuela ya estaba de los primeros en todas sus clases, y el primero de todos en la de geografía.

La princesa Mariana era una niña tan buena que todos la querían. Mostrábase siempre cariñosa y amable, hasta con personas que no le hacían mucha gracia, como su tío Jaime; y aunque no era muy despejada, para ser princesa, casi siempre se sabía las lecciones. Además, tenía muy buen corazón; quería mucho a sus animales favoritos; nunca pegaba a su hipopótamo cuando en sus travesuras juguetonas le rompía una muñeca, ni se olvidó de llevar la comida a sus rinocerontes, que estaban detrás de la cerca del jardín, metidos en pequeñas garitas de madera. Siempre tenía junto a sí al elefante, y ocasiones había en que el aya se enfadaba con ella, porque se lo llevaba al acostarse y lo echaba a su lado, con su cabecita tocando a su real orejita izquierda.

Cuando la princesa había sido buena toda la semana,—porque, como todos los niños verdaderos, vivos y amables, era en ocasiones fastidiosa, aunque nunca mala,—el aya le consentía que invitase a sus amiguitos para que fuesen a verla el miércoles por la mañana temprano y pasaran con ella el día, que en su país era final de semana. Luego, por la tarde, cuando todos los duquesitos y duquesitas, marquesitas y conde-

sitas se habían tomado su arroz con leche, después de lavarles manos y cara, el aya decía:

—Vamos a ver, ¿qué os gustaría hacer esta tarde?

¡Como si ella no lo supiese! Porque la contestación era invariablemente la misma:

—Vamos al Jardín Zoológico, a montar en el conejo de Indias más grande, a dar de comer a los conejos y a oír cómo ronca, dormido de pie, el lirón.

Quitábanles, pues, los delantales, y todos se iban al Jardín Zoológico. Veinte de ellos se montaban de una vez en el conejo de Indias, y los pequeñitos se dedicaban a dar de comer a los conejos grandes, si alguna persona mayor era tan amable que les tomaba para ello en brazos. Y siempre encontraban alguna persona que lo hiciese con gusto, porque en Rotundia no había más que personas buenas... a excepción de una sola.

Por lo que habéis leído sabéis, naturalmente, que el Reino de Rotundia era un país muy singular; y si sois niños reflexivos,—como lo sois, sin duda,—no necesitaréis que yo os diga cuál era la cosa más singular de todo él. Pero, en previsión de que no seáis niños reflexivos,—porque también es posible que no

lo seáis,—os diré, sin más rodeos, cuál era la cosa más singular. *¡Todos los animales tenían allí tamaño distinto del que suelen tener!* Y ved cómo había sucedido:

En tiempos remotos, muy remotos, remotísimos, cuando el mundo no era más que tierra movediza y aire y fuego y agua formando una mezcla semejante al pudín, y daba vueltas como loca para ir colocándolo todo en su sitio apropiado, un redondo terrón se desprendió de la masa total y se fué sólo, dando vueltas por en medio del aua, que iba ya empezando poco a extenderse para constituir un verdadero mar. Y cuando el redondo terrón corría, dando vueltas y vueltas con que embistio a



la toda la celeridad posible, tropezó con una larga piedra desprendida de una dura roca, que había saltado de otro lugar de la masa; tan afilada era y tal velocidad llevaba, que embistió a la isla, atravesándola de parte a parte, y las dos unidas formaron una especie de perinola extraordinariamente grande.

Temo que estas cosas os parezcan demasiado insulsas, pero la geografía es así, y yo no tengo más remedio que daros algunas indicaciones, aunque sea en un cuento de hadas.

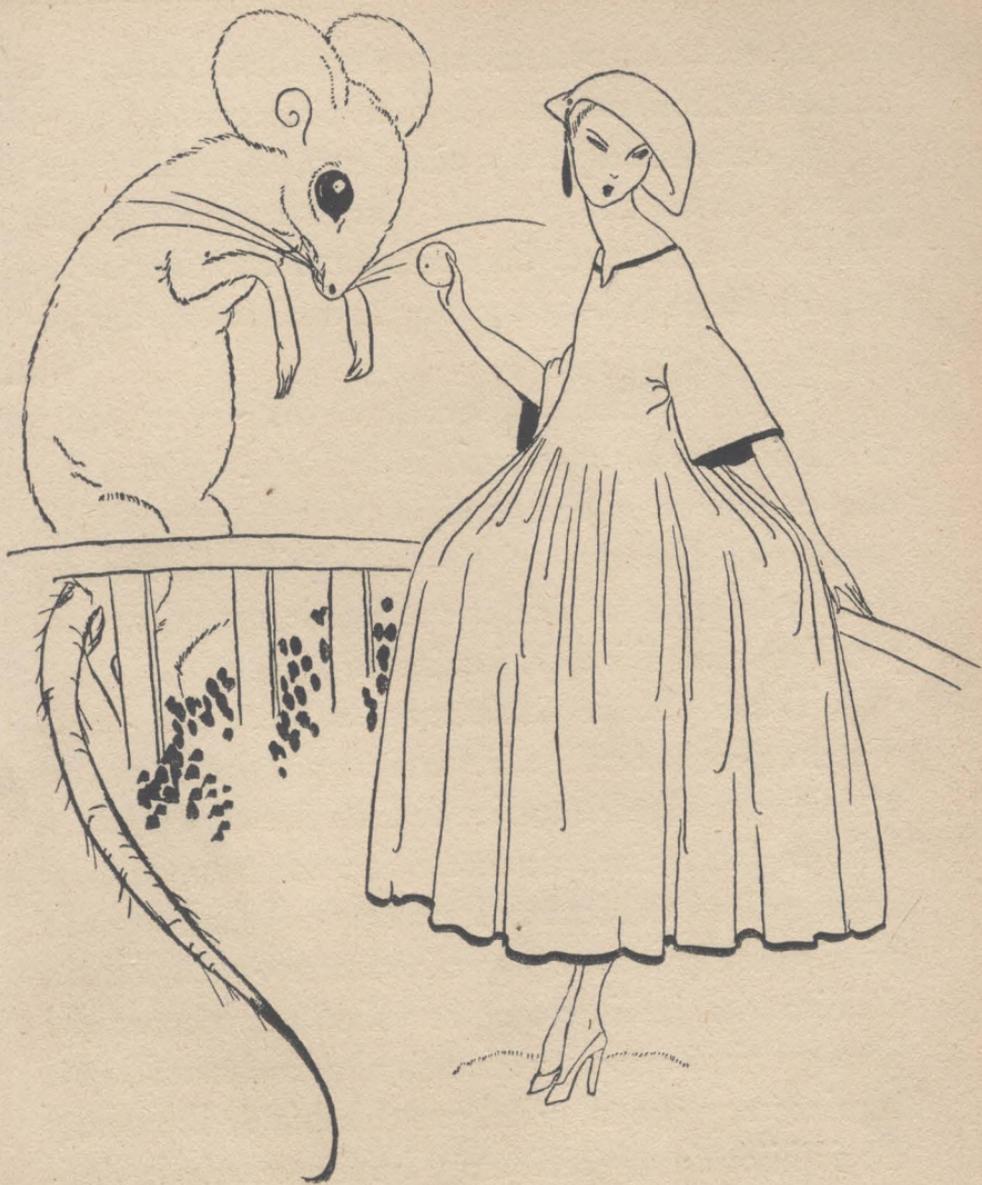
Bueno, pues cuando la roca puntiaguda taladró la redonda mota de tierra, tan grande fué el choque, que ambas se lanzaron dando vueltas al aire, que entonces comenzaba a ocupar su sitio propio, como las demás cosas; sólo que, por disposición de los hados, en vez de girar como hasta entonces giraban, se pusieron a dar vueltas en sentido contrario. A poco, el Centro de Gravedad,—un descomunal gigantón que era quien lo disponía todo, — se despertó en el centro de la tierra y empezó a refunfuñar.

—¡Ea!—dijo,—ven acá y estate quieta, si puedes.

Entonces, la roca y la mota de tierra cayeron en el mar, y la punta del pedrusco fué a meterse en un agujero del fondo, dispuesto para el caso; dió siete

vueltas en sentido contrario al que debía llevar y se quedó quieta. Y ese redondo terrón llegó a ser, pasados millones de años, el Reino de Rotundia.

Aquí acaba la lección de geografía; veamos ahora un poco de historia natural, para que se nos quite la impresión de que hemos perdido el tiempo. Claro está que la consecuencia de haber girado la isla en dirección opuesta a la que debía llevar fué ésta: los animales, cuando empezaron a crecer en la isla, crecieron hasta un tamaño distinto del que debían tener. El conejo de Indias, ya lo sabéis, era tan grandón como nuestros elefantes, y el elefante,—animalito casero,—del tamaño de esos perrillos estúpidos y frágiles que las señoras llevan alguna vez en el manguito. Los conejos vendrían a tener el tamaño de nuestros rinocerontes, y por toda la parte agreste de la isla habían abierto sus madrigueras, tan grandes como túneles. El lirón era, desde luego, el mayor de todos los animales; no os puedo decir lo grande que era: aunque penséis en un elefante, no adelantaréis nada. Por fortuna no había más que uno y estaba siempre dormido. A no ser por esto, ¡quién sabe cómo hubieran podido entendérselas con él los de Rotundia! Hicieronle una casa, y se ahorraron el coste de una charanga,



porque no había posibilidad de oír charanga ninguna cuando al lirón, dormido, le daba por roncar.

Hombres, mujeres y niños eran, en la isla maravillosa, de tamaño normal, porque sus antepasados habían ido allí con el Conquistador mucho tiempo después de formada la isla y de que hubiese en ella animales.

Ya he terminado la lección de historia natural, y si habéis estado atentos, sabéis de Rotundia más que otro cualquiera, si exceptuáis a tres personas: al jefe superior de Escuelas, al tío de la princesa, que era mago y lo sabía todo sin necesidad de aprender nada, y a Tomás, el chico del jardinero.

Tomás había adelantado a todos los de la escuela, porque deseaba llevarse un premio. El premio ofrecido por el jefe superior de Escuelas era una «Historia de Rotundia», ricamente encuadernada, con las armas reales en el lomo. Pero desde el día en que la princesa le dijo que se proponía casarse con él, Tomás, el chico del jardinero, no se volvió a preocupar del libro, y estimó que el premio más alto en el mundo sería la princesa, y que tal era el que él había de llevarse; y si sois hijos de un jardinero y habéis tomado la decisión de casaros con una princesa, pronto comprenderéis

que cuantas más cosas aprendáis en la escuela, tanto mejor.

La princesa se pasaba jugando con Tomás los días en que no iban duquesitos y marquesitas a tomar el té; y cuando él le dijo que estaba seguro de llevarse el primer premio, ella palmoteó y exclamó:

—Tomasito, querido Tomás, Tomás aplicado: tú mereces todos los premios. Y te voy a dar mi elefante favorito, para que lo guardes hasta que nos casemos.

Fido se llamaba el elefante favorito, y el chico del jardinero se lo guardó en un bolsillo de la americana. Era el elefante más mono que os podáis imaginar: unas seis pulgadas de largo. Pero era muy inteligente, tan inteligente que no hubiera podido serlo más si tuviese una legua de alto. Se echó cómodamente en el bolsillo de Tomás, y cuando Tomás metió la mano, Fido arrolló su pequeña trompa a los dedos de él con tan amistosa confianza, que al chico le entró una gran ternura por él. Con el elefante, el cariño de la princesa y la seguridad de que al día siguiente recibiría la «Historia de Rotundia», ricamente encuadernada, con el escudo real en la cubierta, Tomás no pudo pegar

los ojos en toda la noche. Y oyó ladrar al perro de un modo terrible. No había más que un perro en Rotundia, y el Reino no podía sostener más que uno: era semejante a uno de esos falderillos mejicanos, que en casi todas partes miden siete pulgadas desde la punta de la sonrosadita mariz hasta el extremo de su monísima cola; pero en Rotundia era mayor de lo que yo puedo esperar que creáis. Y cuando ladraba, tenía tan profundo ladrido, que llenaba la noche y no dejaba a nadie dormir, ni soñar, ni conversar cortésmente, ni nada por el, estilo. Nunca ladraba a quien entraba en la isla: era lo suficientemente ámplio de espíritu para ello. Pero cuando un barco se acercaba por equivocación en la oscuridad, dando tumbos entre las rocas costañas, ladraba una o dos veces, lo bastante para que los navíos supiesen que no era cosa de andar jugando por allí, como creían.



Pero aquella noche ladró, ladró y ladró; y la princesa dijo:

—No ladres, precioso, que no me dejas dormir y tengo sueño.

Y Tomás dijo entre sí:

—Me gustaría saber qué pasa. En cuanto amanezca lo voy a ver.

Y en cuanto apuntó la rosada y amarilla luz del día, Tomás se levantó y salió. No había cesado de ladrar el falderillo gigante, de tal modo que hacía retemblar las casas, y las tejas de palacio chocaban unas con otras como los cacharros de la leche en un carro, cuando el caballo que tira de él es muy fogoso.

—Voy al pilar,—pensó el chico, mientras cruzaba la población.

El pilar era el extremo de la roca puntiaguda que se había clavado en Rotundia millones de años atrás, haciéndola girar en sentido inverso del que llevaba. Estaba precisamente en el centro de la isla, y se elevaba tanto, que cuando estábais encima podíais ver una extensión mucho más rande que cuando aún no habíais subido.

Cuando Tomás salía de la población y cruzaba las dunas, iba pensando cuán hermoso espectáculo era el de

los conejos que, en la mañana brillante de rocío, se espaciaban con sus crías a la boca de sus madrigueras. No se acercó mucho a los conejos, porque cuando jugaban de tal suerte no reparaban en lo que hacían, y bien pudieran darle una patada, aunque luego lo sintiesen mucho. Y Tomás era un muchacho tan bueno,



que por nada del mundo hubiera querido que un conejo tuviese resentimiento alguno contra él. Los ciempiés, en nuestro país, suelen escapar cuando ven que les vais a poner un pié encima; también ellos tienen buen corazón, y no quieren que luego os arrepintáis de lo hecho.

Siguió su camino Tomás, mirando a los conejos y viendo cómo la mañana iba poniéndose cada vez más roja y más dorada. Y el faldero ladraba sin cesar, hasta que repicaron las campanas de la iglesia y la

chimenea de la fábrica de conservas empezó a echar humo.

Pero cuando Tomás estuvo cerca del pilar, vió que no necesitaba trepar a la cima para enterarse de lo que hacía ladrar al perro. Porque allí, junto al pilar, estaba tendido un enorme dragón purpúreo. Tenía las alas como viejos paraguas de púrpura sobre los cuales hubiese llovido mucho; la cabeza, chata y calva como una seta venenosa, y la cola, purpurina también, larga, muy larga, muy larga, y delgada y prieta como un látigo de mayoral.

Estaba lamiéndose una de las alas, y a cada momento lanzaba un quejido y apoyaba la cabeza en el pilar, como si desfalleciera. Tomás se dió en seguida cuenta de lo ocurrido. Una bandada de dragones purpúreos había pasado por encima de la isla aquella noche, y el pobrecillo aquél se había roto un ala, de un golpe contra el pilar.

Todo el mundo es bondadoso en Rotundia, y a Tomás no le asustaba el dragón, aunque hasta entonces no se le había presentado oportunidad de hablar con ninguno. Muchas veces los había visto pasar volando sobre el mar, pero nunca creyó que llegaría a conocer a uno personalmente.

Por lo tanto, le dijo:

—Temo que no se sienta usted del todo bien.

Agitó el dragón su ancha cabeza purpúrea. No podía hablar, pero como tantos otros animales, entendía bastante bien cuando quería.

—¿Le puedo servir en algo?—preguntó cortésmente Tomás.

Abrió el dragón sus ojos encendidos en una sonrisa suplicante.

—Vamos, un bollito o dos, por ahora,—instó amablemente Tomás;—hay un hermoso árbol del bollo por aquí cerca.

El dragón abrió al oírlo una boca muy roja y se relamió los purpúreos labios, por lo cual fué Tomás y sacudió el árbol del bollo, volviendo al poco rato con una brazada de ensaimadas tiernas, y de paso cogió unos cuantos bollos suizos, que crecían en arbustos próximos al pilar.

Porque, claro está, a consecuencia también de haber girado la isla en sentido contrario al que debiera, todas las cosas que se hacen, como los bollos, pasteles y tortas, crecían en árboles y arbustos; en cambio, en Rotundia había que fabricar las coliflores, las berzas,

las zanahorias, las cebollas y las manzanas, del mismo modo que los cocineros hacen pudines y pastelillos.

Tomás dió todos los bollos al dragón, diciéndole:

—Tome, trate de comer un poco; ya verá como se siente mejor.



El dragón se comió los bollos, movió la cabeza sin gran garbo y volvió a lamerse el ala. Tomás le dejó, y se fué con las noticias a la ciudad. Todos se im-

presionaron de tal modo ante la idea de que en la isla hubiese un verdadero dragón,—cosa nunca vista hasta entonces,—que se empeñaron en ir a verlo, en lugar de acudir al reparto de premios; y con los demás fué el jefe superior de Escuelas. Llevaba en el bolsillo el premio de Tomás, la «Historia de Rotundia», único ejemplar encuadernado en becerro con el escudo real sobre la tapa; y, habiéndolo sacado, el dragón se

lo comió, por lo cual nunca logró Tomás llevárselo. Pero al dragón, después de comido, no le gustó.

—¡Quién sabe si será preferible así!—pensó Tomás.—Acaso a mí tampoco me hubiese gustado después de que me lo dieran.

A todo esto era miércoles, y cuando a los amiguitos de la princesa les preguntaron qué querían hacer, duques, marqueses y condes dijeron:

—Vamos a ver al dragón.

Pero las duquesitas, marquesitas y condesitas dijeron que no se atrevían. Entonces, la princesa Mariana habló en tono de reina y dijo:

—No seáis tontos: únicamente en los cuentos de hadas, en la Historia de España y en cosas semejantes, las personas son rudas y tratan de hacerse daño unas a otras. Pero en Rotundia todo el mundo es cariñoso y nadie tiene nada que temer, como no sea por tontería; y además, sabemos que es para nuestro bien. Vayamos todos a ver al dragón. Y llevémosle unas gotitas de limón como regalo.

Así lo hicieron; y todos los muchachos de la nobleza, uno tras otro, diéronle a comer gotitas de limón, con lo cual el dragón mostróse satisfecho y lisonjeado y sacudió tal cantidad de cola purpúrea

como le fué posible; porque en verdad era una cola muy larga, muy larga. Pero cuando le llegó la vez a la princesa y se acercó a dar sus golosinas al dragón, sonrióse éste, dilatando mucho la boca, y sacudió la cola hasta la última pulgada, como diciendo:

—¡Ah, princesita linda, buena y amable!

Pero lo que decía en las honduras de su malvado corazón purpúreo, era:

—¡Oh, princesita linda, buena y gordita, más me gustaría comerte que tragar estas gotas de limón!

Pero, claro está, nadie le oía, excepto el tío de la princesa, el cual era mago y tenía la costumbre de escuchar detrás de la puertas. Todo ello formaba parte de su profesión. Recordaréis ahora que os dije que en Rotundia no había más que una persona mala, y no os acultaré por más tiempo que la tal persona completamente mala era Jaime, el tío de la princesa.

Mucho tiempo hacía que deseaba desembarazarse de la princesa y alzarse con el Reino. No le gustaban muchas cosas,—lo único que le preocupaba era tener un buen Reino,—pero nunca había encontrado medio de decirlo claramente, porque en Rotundia son todos tan buenos que los dichos mal intencionados no se abren allí camino, sino que resbalan sobre los intachables

isleños como el agua sobre las plumas de un pato. Con todo, el tío Jaime pensó que podía haber llegado una ocasión oportuna para él; ya eran dos los seres malos que en la isla podían apoyarse mutuamente: él mismo y el dragón. Pero nada dijo; cambió



con él dragon una ojeada significativa y cada cuál se marchó a su casa, para tomar el té. Y nadie había notado lo de la ojeada, salvo Tomás, que, al volver a casa, de lo refirió todo a su elefante. Oyóle cuidadoso el inteligente animal, y después saltó de las rodillas del chico a la mesa, encima de la cual había un precioso almanaque, regalo de Pascuas de la princesa. Con su ligera trompa, el elefante señaló una fecha, la del 15 de Agosto, cumpleaños de la princesa, y miró con ansiedad a su amo.

—¿Qué es eso, Fido, elefantito mio?—preguntó

Tomás. Y el sagaz animalito repitió sus indicaciones. Tomás, por fin, le entendió.

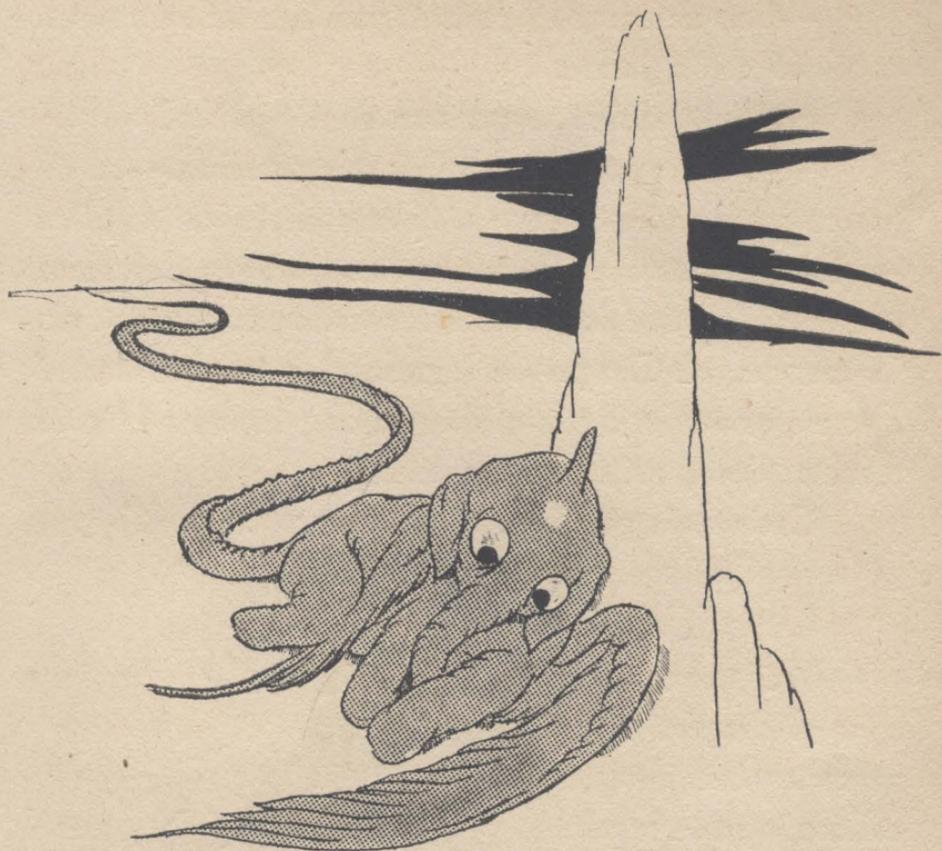
—¡Ah!, ¿conque algo va a ocurrir en el día de su cumpleaños? Bueno. Ya estaré yo sobre aviso.

Al pronto, el pueblo de Rotundia mostrábase casi satisfecho del dragón, que vivía junto al pilar y se alimentaba de los árboles del bollo; pero, poco a poco, empezó a vagabundear. Trataba de meterse en las madrigueras de los enormes conejos; y los excursionistas, al pasearse por las dunas, veían su larga y prieta cola de látigo salir de una madriguera, y antes de que hubiesen podido decir:—¡Ahí está!—su horrible cabeza purpúrea salía por otra madriguera, precisamente a su lado; o soltaba la risa junto a sus mismos oídos. Y la risa del dragón no tenía nada de alegre. Aquella especie de juego del escondite divertía primero a las gentes; mas poco a poco, empezó a atacarles los nervios; y si no sabéis lo que esto quiere decir, que os lo explique vuestra madre la primera vez que estéis jugando al tren mientras ella sufra de jaqueca. Luégo tomó el dragón la costumbre de restallar su cola, como se hace restallar un látigo, y aquello también atacaba los nervios. Más tarde, empezaron a notarse pérdidas: vosotros, que sabéis cuán desagradable es esto en una

escuela particular, podréis imaginaros si no sería mucho peor en un reino público. Lo perdido no era mucho al principio: unos cuantos elefantitos, dos o tres hipopótamos, algunas girafas u otros animalitos así. No era mucho, pero causó cierto malestar entre el pueblo. Un día, el conejo preferido de la princesa, llamado Federico, desapareció misteriosamente, y hubo después una mañana terrible: aquella en que se echó de menos al falderillo mejicano. No había dejado de ladrar desde que el dragón llegara a la isla, y la gente se había acostumbrado a oírle. Así, cuando el ladrido cesó, todos se levantaron para ver qué ocurría. ¡Y el falderillo no aparecía por ninguna parte!

Envióse un muchacho a despertar al ejército para que lo buscara. ¡Pero el ejército no estaba tampoco! Y la gente empezó a mostrarse aterrorizada. Entonces, el tío Jaime se asomó a la terraza de Palacio y lanzó un discurso. Dijo así:

—Amigos, ciudadanos: No es posible dejar de reconocer que este dragón purpúreo es un infeliz desterrado, un desesperado extranjero, y que, además, parece... la menor cantidad posible de dragón. Pero es necesario que lo tratemos con gran respeto, pues pudiera enfadarse, y entonces ¡ay de nosotros!



El pueblo, acordándose del dragón y de su cola, reclamó silencio. El tío Jaime prosiguió:

—Un bondadoso e indefenso individuo de nuestra comunidad, ha sufrido cierto daño. No sabemos aún lo lo que le ha ocurrido.

Todos pensaron en el conejo llamado Federico y un murmullo atravesó la muchedumbre.

—Las defensas de nuestro país han sido sorbidas, continuó el tío Jaime.

Nu hubo quien no pensara en el ejército.

—Y no se puede hacer más que una cosa.—El tío Jaime iba aproximándose a la exposición de su plan. —¿Llegaremos a perdonarnos nunca si, por descuidar una mera precaución, perdiésemos más conejos, o acaso la marina, el Cuerpo de seguridad o el bomberos? Porque os advierto que el dragón de púrpura no ha de respetar nada, así fuese sagrado.

Cada cuál pensó en sí mismo; y todos dijeron:

—¿Qué mera precaución es esa?

El tío Jaime se explicó:

—Mañana cumple años el dragón. Tiene costumbre de que cada año se le regale alguna cosa. Si el regalo que se le ofrece es bueno, se apresurará a llevárselo para que sus amigos lo vean, y saldrá volando y ya no volverá por aquí.



La multitud aplaudió, loca de entusiasmo, y la princesa, que estaba asomada también a su balcón, palmoteó igualmente.

—El regalo que el dragón espera,—dijo el tío Jaime con animación,—es bastante costoso. Pero cuando se hace un regalo no hay que andar con tacañerías, sobre todo si se trata de un forastero. Lo que el dragón necesita es una princesa. Verdad es que no tenemos más que una; pero no estamos en disposición de mostrarnos miserables en estos momentos. Ningún valor tiene un regalo, si, al que lo da, nada le cuesta. Si os apresuráis a entregar a la princesa, demostraréis lo generosos que sois.

Echóse la muchedumbre a llorar, porque amaba a su princesa, pero todos comprendieron al instante el deber que tenían de ser generosos dándole al pobre dragón lo que necesitaba.

También se echó a llorar la princesa, que no tenía necesidad ninguna de servir de regalo para nadie, y mucho menos para un dragón de púrpura. Y Tomás lloró así mismo de rabia. Fuese derecho a su casa, contó lo ocurrido al pequeño elefante, y tanto le consoló éste que uno y otro acabaron por distraerse viendo

una perinola que el animalillo echaba a bailar con su fina trompa.

De mañanita, fuese Tomás a palacio. Miró hacia las dunas, en donde apenas se veían ya conejos entregados a su esparcimiento matinal, y cogió rosas blancas, que luego echó por la ventana al cuarto de la princesa. Esta se despertó y salió a verle.

—Sube a darme un beso,—le dijo.

Trepó Tomás por el rosal hasta la ventana, dió un beso a la princesa y auguró:

—Mil felicidades por muchos años.

Mariana se echó a llorar, diciéndole:

—Pero, Tomás, ¿cómo es posible?... Bien sabes tú que pronto...

—Nada de eso,—replicó Tomas.—Porque, Mariana, buena princesa mía, ¿sabes lo que he de hacer yo cuando el dragón quiera tomar su regalo? ¡No llores, Marianita mía! Fido y yo hemos combinado un buen plan. Tú no tienes más que hacer lo que se te diga.

—¿Nada más?—preguntó la Princesa.—No es nada difícil. Nunca hice otra cosa.

Entonces, Tomás le dijo lo que tenía que hacer, y ella le besó de nuevo.

—¡Ay, Tomasito, qué bueno eres y qué inteligente!—exclamó.—¡Cómo me alegro de haberte dado a Fido! Entre los dos me habéis salvado. ¡Cuánto os quiero!

A la mañana siguiente, el tío Jaime se puso su levita nueva, el sombrero de copa y el chaleco bordado de serpientes de oro,—como mago que era y para demostrar que tenía buen gusto en chalecos,—y fué a buscar a la princesa en un coche.

—Ven acá, lindo regalo,—dijo tiernamente.—Le vas a gustar mucho al dragón. Me alegro de que no estés llorando. Ya lo sabes, hija mía: nunca es demasiado pronto para que empecemos a aprender el modo de hacer dichosos a los demás, antes que a nosotros mismos. No me agradaría que la sobrina que tanto quiero fuese tan egoísta que se empeñase en privar de un placer tan insignificante a un pobrecito dragón enfermo, lejos de su casa y de sus amistades.

A lo cual contestó la princesa que trataría de no ser egoísta.

Llegaba en esto el coche al pie del pilar, y allí estaba el dragón, toda reluciente al sol su horrible cabeza purpúrea y entreabierto la feísima boca.

El tío Jaime le saludó en estos términos:



—Buenos días, señor Dragón. Os traemos un regalito por su cumpleaños. No queremos que la fiesta se nos pase sin ofrecerles un insignificante recuercito, sobre

todo teniendo en cuenta que sois forastero. Escasos son nuestros medios, pero nuestros corazones son generosos. No tenemos más que una princesa, y aquí os la traemos de buen grado. ¿No es verdad, hija mía?

La princesa contestó que así lo pensaba ella, y el dragón se le acercó un poquito.

De repente se oyó gritar:

—¡Corre!

Y allí estaba Tomás, llevando consigo al conejo de indias del Jardín Zoológico y un par de liebres de enorme tamaño.

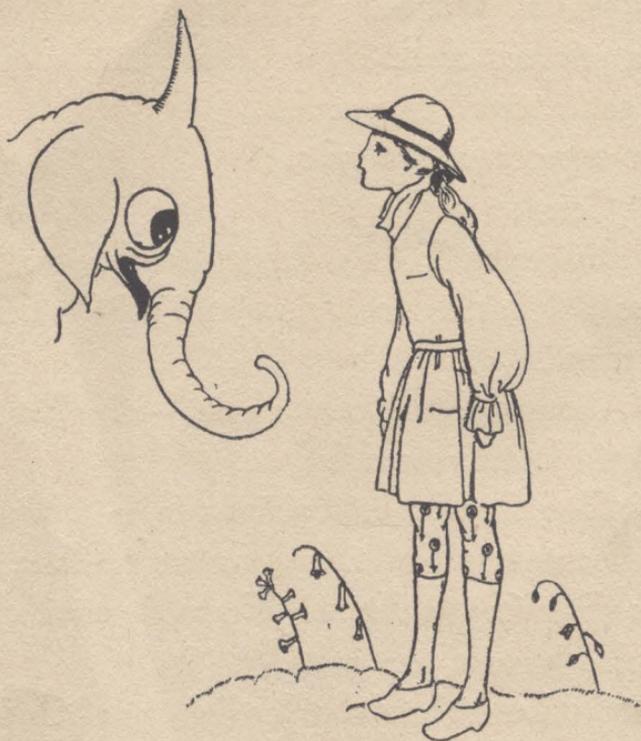
—Ahora veremos lo que pasa,—dijo Tomás.

El tío Jaime estaba furioso.

—¿Qué significa esto, señor mío?—gritó;—¿qué es eso de entrometerse en los asuntos de Estado, con liebres ordinarias y tonterías? ¡Fuera de aquí, chicuelo estúpido; a jugar a otra parte!

Pero, mientras hablaba, las liebres se habían colocado una a su derecha y otra a su izquierda, dominándole de tal modo con su tamaño y apretándole entre las dos tan fuertemente, que estaba como sepultado en su gruesa piel, a punto de ahogarse. La princesa, entretanto, había echado a correr hasta el otro lado del pilar y atisbaba por detrás de él, para darse cuenta de lo que

ocurría. Toda una muchedumbre había salido de la ciudad en pos del coche y presenciado la escena del «asunto de Estado»; y todos gritaban:



—¡Lealtad, lealtad! No podemos volvernos atrás así como así. ¿Ofrecer una cosa y no darla? Eso no puede ser. Que el pobre dragón forastero reciba el regalo que se le destina.—Y trataron de agredir a Tomás; pero delante de él estaba el conejo de Indias.

—Bueno,—gritó el muchacho.—El juego es leal, y vuestro infeliz dragón forastero recibirá su regalo... si es que lo puede coger. Ahora te toca a tí, Mariana.

Mariana se asomó por detrás del pilar y dijo al dragón:

—¡Eh! ¡que no me coges!— después de lo cual echó a correr todo lo de prisa que pudo, y el dragón detrás de ella. Cuando la princesa hubo corrido media milla, se paró, dió la vuelta a un árbol y corrió de nuevo hacia el pilar, dándole la vuelta también; y el dragón detrás de ella. Como era tan largo, no podía dar vueltas tan rápidas como las que la princesa daba. Corrió ella en derredor del pilar, primero alejándose mucho de él, y luego cada vez más cerca; y el dragón siempre detrás, tan obcecado por cogerla que no echó de ver la maniobra de Tomás, el cual le ató a la roca por el extremo de la cola, larga y prieta como un látigo, de modo que cuanto más corría en derredor, tantas más veces se iba arrollando su cola al pilar. Era exactamente un trompo; de peonza servía el pilar y de cuerda la cola del dragón. Y tan bien cogido estaba el mago entre las dos liebres, que nada veía que oscuridad, ni podía hacer otra cosa que ahogarse.

Cuando el dragón estuvo bien sujeto al pilar, y



y muy apretado so cola, como el hilo en el carrete, se detuvo la princesa, y, aunque apenas le quedaban alientos, le gritó:

—¡Orí! ¿quién gana?

Tanto le molestó aquello al dragón, que sacando todas sus fuerzas desplego las alas de púrpura y se lanzó sobre ella volando. Claro está: dió un tirón tan fuerte a su cola, que ésta empezó a soltarse del pilar, e pilar empezó a dar vueltas, y la isla empezó a girar. Un minuto más tarde la cola estaba suelta y la isla toda seguía dando vueltas exactamente igual que una perinola. Tan rápidas eran, que todo el mundo se echó de bruces y se agarró fuertemente al suelo, dándose cuenta de que algo extraordinario iba a ocurrir. Todos, menos el mago, que estaba ahogándose entre las dos liebres y no sentía más que el calor de sus pieles velludas.

Y algo ocurrió, en efecto. El dragón había echado

a rodar el Reino de Rotundia en la dirección que debiera haber llevado en los comienzos del mundo, y conforme giraba, los animales iban cambiando de tamaño. Los conejos de indias se volvieron chicos y los elefantes corpulentos; hombres, mujeres y niños hubieran mudado así mismo de tamaño a no ser por el instinto, que les hizo agarrarse fuertemente al suelo con ambas manos; cosa que a los animales, claro está, no se les ocurrió. Y lo mejor del caso fué que cuando los animales chicos se volvieron grandes y los grandes chicos, el dragón se volvió pequeño también, cayendo a los pies de la princesa, como menuda, ondulante, purpúrea lagartija con alas.

—¡Qué mono!—dijo la princesa al verlo.—Me quedo con él como regalo por mi cumpleaños.

Cuando el pueblo entero estaba todavía echado de bruces y bien agarrado al suelo, el tío Jaime, el mago, no pensó en agarrarse; sólo pensaba en el modo de castigar a las liebres y a los chicos de los jardineros; de modo que, cuando los animales grandes se volvieron chicos, él se volvió pequeño como los demás animales, y el dragoncillo purpúreo, al caer a los pies de la princesa, vió un pequenísimó mago que se llamaba tío



Jaime, y, como tenía necesidad de un regalito por ser su cumpleaños, se lo comió.

Ya eran, pues, todos los animales de su propio tamaño; y, al principio, todos encontraban muy raro aquello de encontrarse con enormes elefantes de pesado andar y con un sólo minúsculo lirón; pero se han ido acostumbrando y hoy no les extraña más de lo que nos pueda extrañar a nosotros.

Todo esto ocurrió hace algunos años; y el otro día leí en *La Gaceta de Rotundia* una información acerca de las bodas de la princesa con Su Excelencia



Don Tomás Jardinero, V. D., y como yo sé que no había de casarse más que con Tomás, comprendí que le habían hecho excelentísimo señor, para que se casara, y que las iniciales que seguían al nombre querían decir *Vincitor Dragonis*, en latín del que se estudia en aquella isla. El periódico refiere que entre los valiosos regalos del novio a la novia se contaba un enorme elefante,

a lomos del cuál había hecho la *pareja feliz* el viaje de novios. Debe de tratarse de Fido. Ya recordaréis que Tomás prometió a la princesa que se lo devolvería cuando se casaran. *La Gaceta de Rotundia* llama a los desposados *la pareja feliz*. Bien hizo el periódico en llamarlos de tal suerte,—con expresión tan bonita y tan nueva,—y aun os aseguro que es más verdadero que la mayor parte de las cosas que se leen en los periódicos.

Porque, ya lo veis: la princesa y el chico del jardinero se querían tanto que no podían ser más felices; y, además, tenían un elefante de su propiedad que los llevaba encima. Si esto no es bastante para hacer felices a las personas, os confieso que no sé lo que es la felicidad. Ya sé yo que muchos no se consideran felices como no dispongan de una ballena en qué navegar, y a veces ni aun con eso. Pero son gentes codiciosas e insaciables, capaces de comerse seis pasteles seguidos, cosa que nunca hicieron Tomás ni Mariana.

